

El Callejón

Judith Ravin



TRES
MITA
DES.



El Callejón

© 2025, Judith Ravin

Primera edición digital (PDF), noviembre 2025

Libro electrónico disponible en www.tresmitades.com

Editado por Cabezones Ideas y Contenidos S.A.C.

para su sello editorial Tres Mitades

contacto@tresmitades.com

Avenida Vasco Núñez de Balboa 248, Lima, Perú

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N.º 2025-13196

ISBN: 978-612-99198-1-2

Diseño de portada y diagramación por Arturo Higa Taira para Tres Mitades.

Traducción al castellano por Frank Leonardo Báez Rosario.

Foto de portada del Parque de Neumáticos del Callejón de la Loma por Judith Ravin.

Otras fotos por Judith Ravin en las páginas ii-iii, v, vi, viii-ix, 52-53, 74-75, 92-93, 124-125, 149-150 y contraportada. Playa Cabarete (pp. ii-iii), acto de equilibrio de Keisha en pantuflas (p. v), *tiguerona*, mural en el centro de Cabarete (p. vi), Parque de Neumáticos, Callejón de la Loma (pp. viii-ix), Parque Nacional Lago Enriquillo (pp. 52-53), gagá, comunidad de Muñoz (pp. 74-75), tatuajes de alheña, Parque Arqueológico de Champaner-Pavagadh, Gujarat - India (pp. 92-93), camioneta de sandías, Callejón de la Loma (pp. 124-125), detalle de máscara de la exhibición “Huellas del Carnaval”, Museo Carnaval Vegano, La Vega (pp. 150-151), túnel de árboles en las afueras de Neiba (contraportada).

Retrato de Judith Ravin (p. 149, “Sobre la autora”) por Hailen García Silverio.

Mi sincero aprecio por la mirada crítica y la lectura atenta del manuscrito original de Diego Otero Molinari y Arturo Higa Taira.

Con agradecimiento especial a Cruz Mateo “Lelé” Lantigua Martínez y a su ahijada Keisha, quien comenzó su debut en el modelaje bajo mi mirada al atardecer mientras recorría con gracia y en pantuflas sobre los neumáticos reutilizados.

Mi gratitud al liderazgo, supervisores directos y colegas de DREAM Project por dos años intensos de crecimiento interior y la oportunidad como Fellow de DREAM de contribuir al desarrollo sostenible en la República Dominicana. A los vecinos y la comunidad de Callejón de la Loma en general, gracias por ampliar el ámbito de mis experiencias vividas para incluir la confluencia de culturas en el Cibao.

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida, en ninguna forma y por ningún medio, ya sea mediante fotocopiado, grabación o cualquier otro sistema de almacenamiento y recuperación de información, sin la autorización por escrito de la editorial y/o la autora.

El Callejón

Judith Ravin

TRES
MITA
DES



Tabla de contenidos

Contra el viento	11
Uñas postizas	15
Espina de naranjo	23
Dátiles	31
Insolación	35
Oraciones	43
Campo de huesos	55
El calidadero	61
Triángulos y tamarindo dulce	65
Envergadura	77
Antes del después	85
Semirraya	89
La India llama	95
Tíguere	101
Mensajes en mi pantalla	107
Pez gato	113
Una hora más	117
Yuxtaposición inoportuna	127
Puntos poco comunes en común	131
Vecinos	137
El Callejón	143
<i>Sobre la autora</i>	148



Dedicado a las infancias perdidas y robadas por los conflictos armados, las guerras de aniquilación mutua, el frenesí de las bandas armadas y los focos mundiales de inseguridad alimentaria — el verdadero telón de fondo mientras escribo estos relatos, como refugio momentáneo para recargar energías contra los gritos de injusticia que me rodean.

Salvo por las testigos de Jehová con sus conservadoras faldas hasta la rodilla, la moda en estas calles es muy favorecedora para el cuerpo. Las mujeres y las adolescentes lucen tops y pantalones con cortes y ajustes que se ciñen al cuerpo, sea cual sea su tipo, delgado o rellenito.

Contra el viento

Si mi antigua vida en la India se pusiera patas arriba —un trabajo de alto nivel, seguridad personal, un puesto de liderazgo lleno de responsabilidades, una residencia espaciosa, acceso a la oficina las 24 horas del día—, no se acercaría ni remotamente al cambio de rumbo que representa mi realidad actual. He empezado un nuevo capítulo en mi vida, trabajando en las calles de un pequeño pueblo dominicano, en un barrio entrecruzado, donde dominicanos comparten retos y espacios con comunidades de ascendencia haitiana.

Cabarete, “capital de las olas y los vientos”, situada en la costa norte (atlántica) de la República Dominicana, ofrece al visitante ocasional una versión de sí misma que pasa por alto las desigualdades y las fusiones culturales complejas de profunda riqueza. Para los residentes de larga duración como su servidora, interesados en un “RD” sin maquillaje, este lugar del mapa ofrece un ramillete de historias en medio de las calles y los callejones, los campos y las colinas circundantes, que dan plenitud a mis días y a mi visión. Cuando en 2010 se completó el último censo del municipio, tenía una población de más de 14,600 habitantes. Desde entonces hasta ahora, el número ha crecido, con la incorporación de otras personas y sus preocupaciones.

Los niveles de decibelios de las calles de Cabarete son extremadamente potentes. La música suena a todas

horas. Incluso las tienditas y los puestos callejeros proyectan la música hacia la calle, moviendo el barrio al ritmo de la bachata, el merengue, la salsa y la kizomba: propuestas musicales de igual intensidad, configuradas a un volumen ALTO. La carga positiva de estos sonidos supera cualquier necesidad que puedan tener los bebés que duermen, los enfermos o los ancianos.

Sin embargo, los sábados se produce una tregua en las ondas sonoras, ya que el coro y una voz femenina provenientes del Salón del Reino de los Testigos de Jehová llenan el aire. En estas primeras horas de la mañana, la música en cuestión domina un radio de acción considerable, dando paso a la renovada contraofensiva sonora solo cuando la congregación se dispersa y el movimiento en la calle se reanuda.

Casi todos los bloques cuentan con una pequeña barbería en la sinuosa y estrecha calle que discurre de norte a sur. He elegido la barbería a la que acudiré a hacerme mi primer corte de pelo rapado local. Los barberos ni se inmutaron cuando me les presenté. Veinteañeros y con tatuajes en los antebrazos, no sólo lucían peinados y cortes de pelo mucho más revolucionarios que el mío, sino que los habían ingeniado para sus clientes.

También los colmados —pequeñas tiendas de abarrotes— se encuentran en cada bloque. Allí se ofertan productos de primera necesidad para el hogar, tales como legumbres (frijoles, lentejas, guisantes), aguacates, plátanos, guineos, limones verdes, yuca, calabazas, papayas, mangos, papas, productos de limpieza y de higiene personal, herramientas sencillas, pescado seco o salado, junto con todas las variedades imaginables de ron dominicano, un artículo esencial que nunca falta.

Al internarse en los callejones y corredores, la vida depende de quién se conoce. Las relaciones lo son todo, constituyendo una moneda de cambio, y una charla amena te puede abrir muchas puertas. Saludas a los vecinos, bien sea porque viven cerca o porque te los ha puesto la vida en el camino. No importa que dejen a diario una mezcla de cemento bloqueando la entrada de tu casa, son vecinos. Aunque una parte de la acera esté ocupada por una vendedora de huevos duros que los tiene en oferta para los empleados hambrientos, quienes esperan la llegada del capataz para comenzar otra jornada agotadora bajo el calor abrasador, ellos y ella son los vecinos.

Salvo por las testigos de Jehová con sus conservadoras faldas hasta la rodilla, la moda en estas calles es muy favorecedora para el cuerpo. Las mujeres y las adolescentes lucen tops y pantalones con cortes y ajustes que se ciñen al cuerpo, sea cual sea su tipo, delgado o rellenito.

Desde la terraza al aire libre, que conforma una parte de la azotea de mi apartamento, es posible distinguir sobre las hojas de plátano y las palmas secas, las colinas verdes. Un tendedero de alambre recorre toda la terraza y está colgado muy alto, casi fuera de mi alcance. De puntillas, pongo a secar algunas prendas que traje a la República Dominicana y tres camisetas con el logotipo de DREAM Project o de una organización asociada. Las camisetas (con jeans) constituyen mi “uniforme” de trabajo. Gracias al mobiliario minimalista de mi apartamento y a mis escasas pertenencias personales puedo enfocarme en mis labores.

Antes de que suene el despertador, una hora previa al amanecer, me despierta el canto de los gallos. Por la

noche, me “arrulla” la música en directo que acompañan las fiestas y que la brisa arrastra hasta mi ventana. Estos dos elementos urbanos me recuerdan dónde estoy y le dan forma a los días de intensa observación. Entretanto, el supervisor y mis compañeros van explicando la composición de la comunidad y el trabajo de campo que me espera.

Uñas postizas

A sus siete años, su mayor deseo es hacerse las uñas como en la foto que contempla en el celular de la abuela. La página se abre automáticamente. La ha visto muchas veces.

“¿Ves?”, dice extendiendo el brazo para mostrarle a su abuela el diseño de esmalte rosa en unas uñas adultas perfectamente cuidadas: cada una de ellas terminada en una uña postiza, la cual sobresale dos centímetros y medio por debajo de la yema natural. Un tono rosa extra brillante corona la punta de las uñas.

“Ya veremos. Mañana iremos a visitar a tu papá”, le recuerda la abuela a su nieta. “¿No quieres verlo?”

La nieta hace una mueca y contrae la cara en una renuncia predecible a su obsesión de hacerse las uñas postizas como su madre (de seguro no la primera vez que lo pide), sabiendo además que ver a su padre forma parte de este último fin de semana de verano antes de que comiencen las clases el lunes. También es la razón por la que ha hecho el viaje de cuatro horas y media desde la capital —Santo Domingo— hasta el norte del país.

A pesar de que recién nos conocemos, la niña y yo hemos pasado la mayor parte de una hora juntas. Mi silla de plástico blanco está colocada a la derecha de la suya. A la izquierda, a unos metros, su abuela trabaja bajo un abanico de pedestal que apunta hacia su máquina de coser y su nuca. La abuela costurera está tratando de encontrar una solución para mi camiseta

reglamentaria, que se hincha, para demostrar que debajo tengo un cuerpo femenino. Es una talla más grande, aunque la etiqueta dice que es pequeña. Me pregunto en comparación con qué y con quién.

A la hora del almuerzo, pasé por allí para una consulta previa. La modista autodidacta me dijo que comprara un metro de elástico muy fino y otro metro de elástico de dos pulgadas en una mercería del barrio. No me dio el nombre ni su ubicación, tan solo se refirió a ella por el nombre de la propietaria. Tardé dos intentos en encontrarla. Al igual que ella, las dueñas de las mercerías conocen a sus competidores por el nombre de la propietaria, no por el nombre del negocio.

Cuando la dueña de la mercería, que vende “de todo un poco”, está a punto de cortarme un trozo de elástico negro, le pido que cambie al lote de opciones en blanco. El elástico negro, independientemente de dónde se coloque, solo llamará la atención debajo de la tela blanca. Ya es bastante malo tener que estropear una camiseta de poliéster para que sea usable.

La dueña de la tienda revisa el lote de gomas elásticas blancas y se prepara para medir las dimensiones que he anotado. Extiende el brazo hacia un lado y corta un pedazo de la goma elástica más fina.

“Qué medición tan científica”, comento. Ella se ríe y utiliza el mismo sistema para un metro de la cinta elástica más ancha. Es de baja estatura. Pienso que la longitud de su brazo y la mía pueden interpretar de forma diferente la longitud de un metro.

Después del trabajo, vuelvo a la sastrería con los dos pedazos de cinta elástica y espero a que la modista, sentada ante la máquina de coser, termine de arreglar el tiro de un pantalón de mujer. La clienta y una niña con

un pantalón corto de tirantes con estampado rosa están sentadas una al lado de la otra en sillas de plástico. Supongo que son familia.

La modista le dice a la niña que me traiga una silla de plástico, por lo que deduzco que habrá que esperar para el servicio y que la niña conoce bien la tienda y sabe dónde está todo. Tres sillas de plástico, una máquina de coser, una ecléctica exposición de artículos recomendados contra la pared, un perchero con colgadores de plástico vacíos en la esquina junto al escaparate y un alto mostrador repleto de ropa doblada ocupan todo el espacio. Cuando la niña cruza detrás del mostrador para coger una silla, su cabeza ya no se alcanza a ver.

Justo antes de terminar los pantalones de la primera clienta, la modista me pide permiso para ir a comer algo. Me dice que aún no ha comido. Como dicen aquí, “barriga llena, corazón contento”. Le digo que sí, que vaya a comer algo primero. Me quedo cuidando la tienda desde mi silla de plástico blanco junto con la niña, que ha estado recogiendo del suelo trozos de tela azul oscuro y atándolos con lazos para hacer una cadena de tela.

“Es muy inteligente. Tiene siete años, pero parece que tiene diez”, me dice la modista antes de desaparecer para traer comida de un local cercano.

La niña balancea la tela con los lazos de un lado a otro, preguntándose qué hacer con ella.

“Podrías colgar una campanilla en la parte inferior para que suene cada vez que sople el viento”, le sugiero.

“No tengo una campanilla”, responde ella.

“¿Qué tal bambú, trozos de cristal marino o madera de coco seca?” No le interesa y tiene planes mejores para la tira de tela anudada.

La modista regresa con la comida. La niña y ella desaparecen detrás de la cortina para compartir cucharadas llenas de la comida caliente que ha traído. Ahora estoy segura de que son parientes.

“No come si yo no como”, me dice la abuela. La figura redondeada de la niña me hace dudar de ello, pero puede que sea así cuando está de visita lejos de su casa en la capital.

La abuela vuelve a ayudarme. Me cuesta varios intentos. Mientras hablamos, la niña está ocupada en la acera, frente a la tienda, convirtiendo la tira de tela en una cuerda para azotar. Tras soltar unos latigazos que casi alcanzan un perro que duerme la modorra en el trozo de acera compartido, ella se contonea provocativamente al ritmo de la música que inunda la calle.

“Cuidado. Hay hombres ahí fuera”, le advierte su abuela.

Yo hago mi parte para recordarle a la niña que, si su látigo me da en el ojo, tanto ella como yo lo lamentaremos. No hay espacio adicional en la acera para que el látigo de tela se rompa entre mi silla dentro de la entrada de la tienda, el perro estirado en la sombra y los dos hombres sentados hacia la izquierda en lo que queda de acera.

La abuela está de acuerdo conmigo y le dice a su nieta que deje de azotar.

La niña empieza a contar, dudando cada vez que termina una decena. Me mira para que le dé permiso para continuar, y yo le hago un gesto con la cabeza para que siga. Cuando llega a sesenta, la interrumpo.

“¿Sabes cuántos segundos hay en un minuto?” Pongo a prueba los límites de su educación privada de siete años en la capital.

“No”.

“Sesenta. Cada minuto tiene sesenta segundos”, espero que siga el hilo de mi razonamiento, desde la abstracción memorística hasta la aplicación numérica práctica.

“¿Sabes cuántos minutos hay en una hora?”, le pregunto, modelando aún más el análisis por patrones.

“No”.

“Sesenta”, confirmo.

Me mira con asombro.

La abuela está feliz y dice que en la escuela pública nunca harían estas comparaciones. Me da permiso implícito para continuar con nuestra charla entre clienta y nieta.

“¿Cuántos son en tu casa en Santo Domingo?”, le pregunto.

La niña no está segura. Empieza a contar, pero no se decide si son cuatro o cinco en casa. Repite la respuesta en voz alta varias veces y vuelve a contar con los dedos.

“Mi hermano, mi hermana, papá y mamá. Cuatro”.

“Más tú”, la corrijo.

“Cinco”, dice, y ahora se da cuenta de por qué no podía acertar la respuesta.

Con todas las distracciones y conversaciones intermedias, y prestando solo medio oído, la abuela levanta la camiseta y ve que ha puesto la goma elástica en la parte delantera en lugar de en la trasera.

“Déjame probármela. Nunca se sabe. Quizá me quede bien”, le digo.

No me queda bien. Salgo de detrás de la cortina abierta, donde he hecho todo lo posible en el estrecho

espacio entre el lavabo y los productos de limpieza para probarme la camiseta parcialmente remendada, de espaldas a la calle, evitando el espejo que probablemente da ventaja a los transeúntes.

La abuela descose toda la costura y a modo de prueba coloca el elástico más grueso en la parte de atrás con una sola puntada. No deja de repetir que es culpa de la banda elástica. Me doy cuenta de que no utiliza una cinta métrica para determinar a qué altura queda mi cintura dentro de la camiseta.

Cuando vuelvo a probarme la camiseta en el probador, con el elástico en la espalda, dos adolescentes ya han entrado en la tienda, descontentos porque ella no ha remendado los vaqueros que uno de ellos había dejado. Él es alto y muy delgado. Ella le explica el retraso: la tormenta, el cierre, etc.

“Parece que estoy embarazada por detrás”, anuncio, asomándome de nuevo desde detrás de la cortina justo cuando los dos jóvenes se marchan. Con cada prueba, mi cuerpo acumula una nueva capa de sudor dentro de la mal diseñada camiseta de poliéster. El ventilador sigue apuntando a la máquina de coser y al trabajo en curso.

Vuelvo a sentarme junto a la niña.

“¿Con cuántas personas vives?”, me pregunta.

“Vivo sola”.

“¿Sola?”, repite, asombrada.

“No exactamente”, le explico. “Vivo con mis sueños, mis pensamientos, mis aspiraciones, mis preocupaciones, mi creatividad. Así que, como ves, somos muchos. No estoy realmente sola”.

Ella mira a su abuela, que asiente con aprobación. Ella tampoco vive sola.

Varias pruebas más y un torrente de sudor acompaña cada prueba. La camiseta ahora tiene unas mini mangas abullonadas a la medida y el efecto de embarazo hacia atrás “corregido” con una doble línea paralela de costura.

“Su madre está estudiando inglés”, me dice la abuela. Deduzco que la madre es la nuera de la modista.

La abuela prueba un poco de inglés con su nieta.

“*How ah yoo?*” le pregunta.

Frustrada, la pequeña exclama: “¡No sé nada de eso!”

“*What’s yo nay?*” pregunta la abuela esforzándose por pronunciar bien.

La niña le dice su nombre. Esa respuesta sí la sabe.

“*How ah yoo?*”, vuelve a preguntar.

“Te quiero”, traduce obedientemente la nieta al español, dándose cuenta por nuestras risas de que la hemos pillado adivinando.

“*How ah yoo?*”, dice la abuela, dando la respuesta “correcta”.

Es hora de irme. No hay nada más que se pueda hacer para salvar la camiseta reelaborada, cuyo diseño en la espalda está ahora arrugado por una amplia banda elástica blanca que acentúa mi cintura para compensar.

La niña le pide a su abuela que le preste el celular y vuelve a buscar el anuncio promocional de uñas postizas. Le pregunta por última vez si mañana, sábado, puede hacerse la manicura de uñas postizas y le comenta lo bonita que queda en la foto.

Ya que era la única aliada adulta de la abuela, fomenté un poco de pensamiento crítico.

“¿Alguna vez has pensado en todas las cosas que no podrás hacer con unas uñas así? No podrás jugar

al voleibol, lavar los platos ni usar el celular con facilidad”, actividades que me enteré durante nuestro tiempo juntas que a ella le gusta realizar.

Exasperada, se levanta, camina hacia la estrecha acera que queda frente a la tienda y sacude provocativamente su cuerpo de siete años que parece de diez, lo mejor que puede, al ritmo del merengue que resuena. A lo lejos se va poniendo el sol.

“¡Cuidado que hay hombres!”, le recuerda su abuela. Cuerpo de diez, piensa ella.

“Soy como un murciélago”, me confiesa la abuela. “Cuando oscurece, mi nieta y yo salimos de la tienda y volvemos a casa”.

Espina de naranjo

La guagua debía dejarme en el cruce hacia Caraballo, pero siguió recta sin parar hasta que vi un gran cartel que decía “Montellano” y me di cuenta de que el chofer se había volado mi parada. Le pedí que me dejara en donde le resultara más conveniente.

Un compañero de viaje se preocupó de que yo tuviera que recorrer a pie un gran trecho. Para mí, en cambio, volver andando era una oportunidad de ver de cerca los escaparates de las tiendas y la vida en la calle que había pasado a toda velocidad en la miniván atestada.

“Deberías haberle dicho al chofer adónde ibas”, me reprendió otro pasajero.

“Sí, en efecto, eso fue lo que hice nada más subirme”, le informé, para que no creyese que era una despietada.

Hacía tanto calor dentro de la miniván que, a pesar de llevar pantalones cortos, tenía los muslos resbaladizos por el sudor. Además, la cera residual de mis oídos se había derretido, lo que provocaba un extraño eco. Por más que intentaba librarme de este más se acentuaba.

Una vez fuera, intenté sacudirme las gotas del tímpano, inclinando la cabeza hacia donde se formaba el eco en el oído y girándola bruscamente hacia un lado dos veces, como si saliera a la superficie del océano después de una inmersión. Aun así, el fenómeno persistía. Esperaba que el aire caliente sin filtrar de la calle y la luz solar directa secaran mis piernas y provocaran la

evaporación del pequeño charco de mi tímpano mientras caminaba de vuelta al cruce.

La excursión de ese día era la prueba de fuego para mis nuevas sandalias de senderismo. La plantilla ortopédica estaba pensada para recorrer caminos arenosos y llenos de piedras. La ruta sin asfaltar hacia Caraballo parecía el lugar perfecto para probar mi nuevo calzado para climas cálidos. Las sandalias me impulsaban hacia adelante, manteniendo un ligero pero firme agarre en cada pie. Me sentía orgullosa de haber dejado de lado las consideraciones habituales sobre el peso y el aspecto del calzado para priorizar la comodidad en mis largas caminatas. Las sandalias proporcionaban un grueso acolchado contra el terreno irregular.

En cuanto al aspecto geográfico, no sabía exactamente dónde iba. Consultar Google Maps cada dos minutos en una zona poco poblada no tenía mucho sentido. De todos modos, había olvidado comprar en el pueblo datos adicionales para tener cobertura wifi. Operaba bajo Reglas de Vuelo Visual (VFR) sin la capacitación adecuada.

En el largo trayecto hacia Caraballo, las vacas pastaban al borde de la carretera, pasaba una moto cada 20 ó 30 minutos y los caballos y gallinas regados por doquier hacían lo que hacen los caballos y las gallinas cuando hay un sol intenso y mucho polvo: minimizar el movimiento. En una bifurcación, hombres de todas las edades se reunían a la sombra de un enorme árbol. La carretera que subía lentamente por una colina a la izquierda no parecía prometedora. Guiada por mi intuición, proseguí por la carretera más ancha y recta hasta una bifurcación oblicua a la derecha.

Después de una hora más o menos bajo el sol abrasador, llegué a Caraballo. Había un par de pequeñas

tiendas de mercancía variada de las que permiten a los clientes sentarse a la sombra y refrescarse con alcohol. Había unas pocas casas dispersas por el pueblo, y un camino de tierra y grava subía por una colina más empinada a la derecha.

Después de comprobar que había llegado al centro del pueblo, que se abarcaba en un parpadeo, emprendí la subida. Mis sandalias aguantaban al igual que mis pies. Aún no estaba dispuesta a parar y beber agua (error número uno).

El paisaje se volvió irregular y evocador. Un par de toros negros y corpulentos, casi inmóviles, estaban encerrados en un corral de madera cerca de la carretera. Para no provocarlos evité mirarlos a los ojos.

Cuánto más avanzaba, más curvas aparecían, hasta que alcancé una cima desde donde decenas de buitres volaban en círculos sobre mi cabeza. Un cartel público indicaba que el gran terreno estaba clausurado por infracciones sanitarias. El olor que impregnaba el aire y la gran cantidad de aves carroñeras que no dejaban de levantar el vuelo, planear y aterrizar ponían de manifiesto que, efectivamente, era necesario una limpieza. La zona olía como un gallinero superpoblado y sucio.

Decidí girar a la derecha y tomar un camino que se alejaba del lugar que no había superado la inspección sanitaria. En ese momento, no se veían ni vehículos ni motores. Ante mí se abrió una vista impresionante: una colina empinada que descendía, seguida de otra colina empinada que ascendía, con piedras y un camino blanqueados por el sol. La vista me fue atrayendo como un imán. Mis nuevas sandalias me daban confianza. Ante la falta de sombra no había una mejor alternativa.

Cuando bajé una colina y llegué a la mitad de la siguiente, me di cuenta de que mis cálculos a vista de

pájaro me estaban fallando (error número dos). Apenas podía dar un paso más y sabía que podía ser un síntoma de golpe de calor, insolación o ambas cosas. Me senté en una pequeña roca puntiaguda en un trozo de carretera con poca sombra. Si no lo hubiera hecho, me habría desmayado, lo que habría sido la peor de las pocas opciones disponibles.

Después de unos minutos, pude levantarme. Reconocí la pequeña victoria de no haber perdido el conocimiento. Si podía avanzar cinco metros más por la colina, podría parar de nuevo y continuar con este ritmo de parar y avanzar hasta llegar a la cima y a la tierra de los buitres. Desde allí, un giro a la izquierda me llevaría lentamente al centro de la ciudad, que consistía en una sola cuadra.

Al llegar al pueblo, caminé hasta la sombra de un árbol donde estaba una joven buhonera. Le pedí una botella de agua a temperatura ambiente. La mujer me explicó que no le quedaban botellitas. Me indicó al otro lado de la vía, donde había una tienda más grande, hundida unos treinta centímetros en proporción de la calle. Allí el dueño me vendió una botellita por 15 pesos dominicanos, una compra que debería haber hecho antes de empezar la subida.

Llevé la botellita hasta un banco de madera de cuatro tabloncillos iguales en forma de cuadrado. Este rodeaba un árbol que ocupaba dos tercios de un patiecito, casi al nivel de la calle, a un escalón de altura del colmado. No podía moverme. Sentía los pies pesados y la garganta seca. Necesitaba agua a temperatura ambiente (caliente) para poder beberla lentamente, dando tiempo a mi cuerpo para asimilarla y reponerme. El zumbido en los oídos que había experimentado horas antes había desaparecido sin que me diera cuenta de cómo ni cuándo.

Me alivió oír al viejo del colmado confirmar que podía reciclar la botella de plástico, ya que mi largo camino hasta la zona montañosa situada sobre la ciudad y el regreso desde allí dejaban claro que la recogida de basura era todo un reto.

Las nubes que se acercaban amenazaban lluvia. Justo cuando pensaba en ello, unos chicos que hablaban en kreyòl interrumpieron su conversación para que uno de ellos pudiera decir en español lo que yo prefería no oír.

“Va a caer agua”.

Así es como parecía, que el agua estaba a punto de caer a cántaros.

Arrastré los pies hasta el comienzo del largo camino de vuelta al cruce con la carretera principal. No sabía por qué me dolían tanto los pies. Pensaba que las sandalias abiertas los protegerían.

Ni bien empecé a caminar por el camino pedregoso, pasó una camioneta y redujo la velocidad. Una mujer de entre treinta y cuarenta años se asomó por la ventanilla delantera y me preguntó si quería un aventón hasta la carretera principal. Acepté. Todo mi cuerpo necesitaba ese viaje, especialmente mis pies.

Ella, su marido y su hija adolescente fueron muy amables. Vivían en la zona. La esposa era extranjera y conservaba un ligero acento en su español. No pude identificar con certeza de dónde era.

Cuando me dejaron, les di las gracias efusivamente. Por si acaso, compré a un vendedor ambulante en el punto donde me dejaron, en la carretera principal, agua de coco tierno, que me bebí antes de proseguir hacia mi parada de vuelta.

Al poco rato abordé una guagua que se dirigía hacia el este por la costa. Tuve la suerte de que a pesar de que estaba repleta de gente tenía un buen aire acondicionado.

Cuando me apeé al otro lado de la calle de mi punto de partida original, todavía no podía caminar con facilidad. Apenas pude salir de la guagua y mantenerme firme sobre mis pies.

Una vez en mi apartamento, me quité las sandalias. Para mi horror, tenía dos ampollas enormes en la parte exterior de cada pie. Esto significaba que cada paso que había dado había contribuido a aumentar la fricción y el dolor. También explicaba mi incapacidad para moverme en varios momentos durante mi aventura llena de sol y sudor.

Cinco días después, todavía sufriendo las secuelas de la odisea, pedí consejo a un farmacéutico y (por suerte) a una enfermera amiga suya, quien casualmente estaba almorzando en la farmacia cuando entré. Con el consentimiento de esta, el farmacéutico me recetó una perforación con una jeringa estéril, que debía realizar yo misma esa noche a pesar de mi miedo a las agujas.

Después del trabajo, reuní el valor para llevar a cabo el procedimiento según las indicaciones de los expertos en salud. A continuación, bañé ambos pies en jabón de cuaba, la respuesta dominicana a todo lo que necesita desinfección, un tipo de jabón para lavar la ropa y bañarse que todos los hogares, incluido el mío, tienen a mano.

“¿Tiene jabón de cuaba?”, me había preguntado el farmacéutico aquel mediodía para asegurarse de que pudiera seguir el procedimiento con el proceso final de esterilización.

“Sí, tanto en pastilla como en líquido”, le respondí, impresionándolo con mi adaptación a la cultura local.

Al día siguiente, le conté las últimas novedades a una compañera que había estado siguiendo mis tribulaciones y que me había visto toda la semana con chanclas. A pesar de que al ponérmelas violaba el código de vestimenta de las instalaciones, era el único calzado donde podía meter los pies. Su hija adulta, que había venido de visita, escuchaba nuestra conversación. En un momento, tomó la palabra. Reprobó mis acciones y me preguntó el por qué no había utilizado una espina de naranjo para perforar la piel dañada. Señaló las propiedades medicinales de la espina para acelerar el proceso de curación. Sin embargo, no mencionó cómo ni a través de quién podría conseguir esa espina tan especial en tan poco tiempo y en una situación tan desesperada. Tampoco tuvo en cuenta la urgencia con la que necesitaba una solución. Su crítica era que había perdido la oportunidad de ver en acción el modo en que la medicina natural y las yerbas funcionan.

Aunque no eran holísticos, el instrumento esterilizado y el jabón habitual eran soluciones básicas y económicas que proporcionaban un alivio inmediato y una rápida curación. Si hubiera prestado más atención antes (error número tres) al motivo por el que no podía dar un paso sin sentir dolor al caminar, no habría necesitado ni una jeringa esterilizada ni una espina de naranjo.

Ahora sé que la combinación de fricción y calor provoca una dolencia tan conocida en la República Dominicana que incluso los padres sin educación formal prestan atención a las necesidades de los piecitos doloridos de sus hijos y están preparados, en cualquier momento, para aplicar un remedio casero extraído de un naranjo espinoso, ya sea el suyo o prestado o ajeno.

Cuando el turno final de la prolongada hora del almuerzo estaba a punto de terminar, quedaban dos dátiles en el envase original. Me volví hacia una joven colega que estaba emocionada por descubrir a través de mí que la palmera datilera en el patio de su madre podía dar frutos.

Dátiles

Una semana difícil. Un poco descoordinada. Era hora de endulzar la dinámica del equipo. Ya que nadie más dio un paso adelante con un gesto de *entente*, aproveché el fin de semana para ir a un supermercado diminuto en la carretera principal y buscar productos locales que pudiera llevar a la próxima reunión. Encontré dátiles, un posible motivo de orgullo local, cargados de simbolismo de dulzura, paz, triunfo y resistencia.

En el mercado había tres cajas de dátiles en distintos tamaños, producidos en una provincia lejana del país. Calculé que se consumirían cinco o seis dátiles por persona, teniendo en cuenta que pasaría por escritorios de otros empleados camino a la sala de reuniones prestada en la oficina principal. No tuve en cuenta la vacilación ni el miedo a lo desconocido.

Antes de subir la escalera hacia el primer piso de la oficina principal, me detuve frente a cada cubículo, abrí la caja de dátiles y supuse que unos dedos ansiosos cogerían un puñado para acompañar el café de la mañana o para guardar y comer después como tentempié a media mañana. En cambio, hubo vacilación, perplejidad. Preguntas para las que no estaba preparada interrumpieron la distribución.

“¿Qué es?”, preguntaron refiriéndose a los dátiles arrugados de color marrón oscuro, antes de aceptar coger uno.

“Se comen como frutos secos”, los animé. “Como se comen las ciruelas pasas”, añadí, buscando una analogía reconocible. “Solo que son mucho más dulces y están llenos del simbolismo de las regiones donde las palmeras datileras crecen en abundancia y sus frutos constituyen la base de importantes vínculos sociales y aportaciones económicas”. Más miradas en blanco.

“Prueba uno. Están deliciosos. Los he traído para endulzar la mañana. Cuidado con el hueso”.

No tenía ni idea de que tendría que esforzarme tanto en mi labor de promocionar los dátiles. A la hora del almuerzo, había perfeccionado mi discurso y quedaban unos pocos dátiles de los cincuenta y tantos del envase original. Una sola compañera sabía lo que era un dátil. Procedente de la costa sur de Europa, la compañera estaba encantada de aceptar un único dátil y participar en la excursión gastronómica extrarregional.

Con cada invitación yo alertaba a que no se comieran el hueso. No quería ser responsable de que se rompieran los dientes ni de los consiguientes tratamientos dentales. Después de la cuidadosa extracción del primer dátil del envase, como si la desgracia fuera a caer sobre los miembros de una familia durante generaciones, les ofrecí una segunda ración más allá de la prueba. Sin excepción, mis otros compañeros rechazaron educadamente tomar unos cuantos dátiles más. Estaba claro que yo estaba pisando terreno desconocido.

Aprendí que las preferencias (¿prejuicios?) dominicanas en la cocina están muy arraigadas. Salirse de los platos estrella habituales —pollo frito, legumbres, la bandera dominicana (arroz blanco, habichuelas y carne), tubérculos, ají cubanela dulce y picante— puede

resultar más incitador para el tentador que para el tentado, algo que remite a los clásicos errores que se tienen en un primer encuentro con algo nuevo.

Cuando el turno final de la prolongada hora del almuerzo estaba a punto de terminar, quedaban dos dátiles en el envase original. Me volví hacia una joven colega que estaba emocionada por descubrir a través de mí que la palmera datilera en el patio de su madre podía dar frutos. Le ofrecí los dos últimos dátiles delgados: uno para ella y otro para su madre. Ella aceptó de buen grado el dátil extra, rompiendo aún más barreras apenas cruzadas hasta el momento.

“Ten cuidado con el hueso”, le recordé, como había hecho con los demás.

Mordió uno de los dátiles. “No tiene hueso”, informó.

Durante toda la mañana había advertido que no mordieran el hueso y solo entonces descubrí, a pesar de que no se mencionaba en la etiqueta del envase, que estaba ofreciendo dátiles sin hueso, una experiencia menos auténtica, pero aún más adecuada para los novatos.

Así como una rosa con cualquier otro nombre olería igual de dulce, este acto de compartir dátiles dominicanos a un personal dominicano al menos terminó en una nota alta. El último dátil restante sería ofrecido por la hija a la madre, tocando directamente el corazón y consumando un deseo compartido de que, con los cuidados adecuados, la exótica palmera datilera del patio pudiera crecer para unirse a legiones de otras palmeras frutales cercanas y lejanas, ampliando el potencial económico y fortaleciendo el tejido social.

Todavía no he aceptado su oferta de agua porque no quiero molestar. Sigo pensando que puedo aguantar hasta llegar al pueblo. Tener un lugar a la sombra donde sentarme y esperar a que pase algún transporte es ya una bendición.

Insolación

“¡Eh, tú! Deberías andar por el otro lado”, me grita mientras ya estoy cruzando hacia ese lado de la sinuosa y estrecha carretera. Lo hacía en cada curva ciega, cuando no había la posibilidad de pegarme al borde interior. Era más seguro que caminar de espaldas a los motores, las guaguas y los carros que venían en mi dirección.

“Siéntate. Es gratis y no cobro peaje. ¿Adónde vas? ¿Quieres un poco de agua? ¿Por qué no llevas tenis? ¿De dónde eres?”

Ante semejante aluvión de preguntas elegí la que se refería a mi destino y respondí con otra pregunta: “¿A cuánto queda el centro de Gaspar Hernández?”

Llevaba caminando unas dos horas, pasando desvíos y distracciones visuales que requerían toda mi atención. Esto prolongó el trayecto hacia el centro de la ciudad, situada a un pueblo de distancia. Me di cuenta de que ambos lados de la carretera se volvían cada vez más rurales, sin nada a la vista que sugiriera un descanso en la vegetación o el comienzo de una actividad comercial localizada.

Gaspar Hernández, una pequeña ciudad provincial que bulle de actividad comercial una vez que se llega al centro, se encuentra en la costa atlántica y forma parte de la provincia Espailat, ubicada en el centro norte del país. Las verduras frescas, metidas en coloridas cajas de madera, cautivan el olfato de los potenciales clientes. Prendas de ropa nuevas y usadas cuelgan de percheros,

lo que limita aún más el espacio disponible en las aceras, o se extienden sobre maniqués cuyas figuras sobresalen de la carne moldeada en plástico, con los jeans tan ajustados que la parte superior de la cremallera suele quedar abierta. Una pinza oculta en la parte trasera sujeta el exceso de tela para acentuar e imitar una cintura diminuta que contrasta con las amplias caderas y los generosos glúteos plastificados.

En Caño Dulce, donde recibo la amable reprimenda de esta residente local, los caballos, las vacas, los pájaros y el follaje son el paisaje que se extiende hasta donde las curvas de la carretera permiten ver. Lejos de la carretera principal, la construcción de modestas casas de uno y dos pisos está en proceso de edificación, a pesar de ser fin de semana.

“Me gusta la tranquilidad de este lugar”, me dice la mujer, atrayéndome hacia ella.

“Llevo tanto tiempo caminando que he perdido la noción de la distancia y el tiempo”, le digo.

“Gaspar Hernández está lejos. No puedes ir caminando. Tardarás una hora. Pero el sol te matará en el acto. Ahora pega mucho”.

Esa valoración tanto de mi persona como de mi resistencia la encuentro presuntuosa, sobre todo si consideramos que llevamos conociéndonos unos minutos. Pero está dispuesta a conversar. Además, conoce bien la zona, ya que es la propietaria de la casa cuya pared sirve de apoyo a una colección de sillas de plástico blanco. Todas están apoyadas contra ella, incluida la suya.

“Siéntate”, me ordena y me señala una silla vacía igual a la suya.

“¿Sabes a cuántos kilómetros está el pueblo?”, le pregunto, buscando datos, no opiniones.

“Cinco, seis”, adivina.

“Ah, entonces no está tan lejos”, respondo.

Entonces grita a un vecino que no puedo ver, rompiendo el silencio general que tanto le gusta.

“¿A cuántos kilómetros está Gaspar Hernández?”

“Doce”, le responde él a gritos.

“Doce”, repite ella como si yo no pudiera oír la información transmitida a todo volumen.

“No puedes ir andando. El sol. Es la peor hora del día”, insiste.

“Tienes razón. El calor del sol”, digo y me acomodo en una de las sillas de plástico.

“¡Mírame! Estoy gorda, pero estoy fresca a la sombra. Si tengo que moverme a esta hora, no me encontrarás caminando. ¿Cuánto te costará llegar a tu destino, cincuenta pesos? ¿No tienes dinero?”

“La guagua pública cuesta treinta o treinta y cinco pesos desde aquí”, la corrijo.

“Así es. Treinta y cinco. ¿No tienes dinero?”

Me río. Intento explicarle que caminar es más instructivo que ir en guagua ya que ahí se ve el panorama pasar a toda velocidad y uno se pierde los detalles y las particularidades. Pero tiene razón. Si sigo caminando, es casi seguro que tendré una insolación. Todavía no he aceptado su oferta de agua porque no quiero molestar. Sigo pensando que puedo aguantar hasta llegar al pueblo. Tener un lugar a la sombra donde sentarme y esperar a que pase algún transporte es ya una bendición.

“Tengo treinta y cinco pesos”, le aseguro. “Voy al pueblo porque me gusta la miel natural que venden allí. Viene directo de los apicultores”.

También quiero disipar cualquier idea de que soy indigente, tacaña, temeraria o imprudente. Siempre

llevo conmigo lo necesario para cubrir mis gastos de transporte y cualquier artículo que pueda decidir comprar por el camino.

Ella asiente con complicidad.

A todos los que salen por la puerta principal de su casa les ofrezco la única silla de plástico blanco que hay enfrente de la entrada. Nuestra charla despierta la curiosidad de su anciana madre, su hermano y una comadre vecina.

Su respuesta es siempre la misma.

“¡Quédate donde estás! No te preocupes. Tenemos muchas más sillas dentro. Echa un vistazo”.

Dirijo la mirada hacia la puerta abierta, pero no veo nada. La oscuridad llena el estrecho pasillo. Al final, solo distingo un sofá que habría que trasladar por el pasillo con dificultad para poder servir de asiento en el pequeño patio delantero junto a la carretera.

En ese momento, una vecina de enfrente saca de su casa una silla de plástico amarillo brillante y destartalada y la lleva a un montón de basura en el que hay un objeto azul brillante que no consigo identificar. El asiento de la silla está agujereado. La deja a un lado del montón.

Mi anfitriona, cerca de la calle, comenta la situación con su comadre en voz baja. Ambas lucen escandalizadas. Hay algo en tirar una silla en esta casa, que tiene tantas sillas, que va en contra de su orden mundial. La oigo comentar con desaprobación la silla desechada.

Quizás no haya tantas sillas dentro de su casa después de todo, aunque cada vez que ofrezco mi asiento a alguien que sale al patio delantero, ella me dice que no me inquiete y asegura que hay muchas. O quizás la colección de sillas de la casa proviene de sillas desechadas que alguien dejó en la calle.

Por alguna razón, siento la necesidad de defender a la vecina de enfrente y señalar que la silla que ahora se halla junto al montón de basura del otro lado de la calle está desfondada.

La mujer corpulenta a la que no le gusta caminar me pregunta de dónde soy. Le explico brevemente mis orígenes y le cuento que ahora vivo más al oeste, en uno de los pequeños pueblos que salpican la costa, y que trabajo para una organización no gubernamental local dedicada a la educación y al liderazgo juvenil.

Su hija vive en un pueblo adyacente al lugar donde trabajo. La mujer comenta que conoce bien la zona, aunque no la ONG en sí.

La comadre sentada a su lado se frota las pantorrillas con dolor. Me fijo en las várices que tiene en las piernas.

Mi anfitriona le enseña a su vecina cómo aplicar correctamente el aceite de coco, demostrándole con lentos movimientos circulares el masaje que debe realizar una vez que haya aplicado el aceite tanto en la zona afectada de la parte inferior de las piernas como en esa área blanda en que el hombro se une con el pecho. Le recomienda a la comadre su médico para curar sus aflicciones, incluidas las várices que dificultan visiblemente la circulación sanguínea.

“Tengo un médico estupendo en TikTok”, nos dice a las dos. “Él me curó”.

“¿Has acudido a un médico en TikTok?”, le repito, incrédula. “¿Cómo sabes que es de verdad o que tiene titulación médica?”

“Estoy curada”, afirma con rotundidad. Ante ese comentario, su comadre asiente convencida.

Nuestra anfitriona intenta localizar rápidamente al médico de TikTok en su celular, pero en su pantalla aparecen todo tipo de vídeos irrelevantes. Se da por vencida, aunque yo no necesito ni le he pedido pruebas.

Estoy a punto de girarme hacia la izquierda para disculparme por darle la espalda al hermano, el último familiar de la parte interior de la casa en ocupar el asiento de plástico blanco al otro lado de la puerta, contra la pared exterior, pero ya se ha metido dentro, dejando atrás la silla vacía.

“Estos hombres comen todo el tiempo y comen mucho”, dice mi anfitriona. No menciona qué se está preparando para el almuerzo. Sí menciona que comer es lo siguiente en la agenda del día.

Le digo que quiero mantener la vista medio fija en la carretera. Ya he perdido una miniván que se dirigía a Gaspar Hernández, y el transporte es escaso a esta hora del día en este tramo de la carretera costera.

Un minuto después, pasa a toda velocidad un pequeño autobús “público” (privado). Los tres —mi anfitriona, la comadre y yo— nos levantamos de nuestros asientos para hacerle señas a la guagua.

“¡Güey!”, la dueña de la casa le grita al chofer, más fuerte que nosotras dos.

El chofer comprende lo que significa ver a tres mujeres gritando y se detiene un poco más adelante, en cuanto se lo permite la inercia y los frenos.

Tras haber compartido una agradable conversación, en medio del intenso calor del día, las tres hemos conectado y no paramos de sonreír. Les doy las gracias a las dos y corro hacia la guagua. No se puede exagerar la amabilidad del acompañamiento a esperar en pleno

sábado a un chofer que trabaja en una ruta poco transitada del sector informal.

En la ciudad, en la pequeña tienda donde pretendo comprar la miel mezclada con panal, un empleado me reconoce y me dice que se ha quedado sin panales frescos. Los que tiene en existencia ya no se pueden consumir, aunque siguen en la estantería. En su lugar, me recomienda que compre un galón de miel fresca obtenida directamente de los apicultores, un regalo especial.

No está seguro de qué flor o árbol proviene este lote de miel, pero me recita una lista de posibilidades, entre las que se encuentra la acacia, cuya copa única había fotografiado durante una de mis distraídas excursiones fuera de ruta esa mañana.

Compro la jarra grande. Me cuesta cuatro veces más que el panal y durará diez veces más. Al igual que la ruta sinuosa que recorrí, la conversación abierta en el patio delantero y el viaje en guagua no programado con paradas aleatorias, la visita al pueblo y al mercado vienen acompañadas de una gratificante e inesperada recompensa.

Retenerlos durante toda la noche en una celda policial de un pequeño pueblo olvidado, diseñada para delitos más graves cometidos por adultos, no me parecía una medida ecuánime. Quién sabía qué injusticias adicionales podrían sufrir allí.

Oraciones

No logré subir a la primera guagua que salía de Las Matas de Farfán (San Juan) hacia Bánica (Elías Piña) en un transporte público de característica interprovincial. El chofer señaló los sacos sobrecargados que aún no habían sido colocados en la parte superior del vehículo e insistió en que ya estaba lleno. Faltaban los propietarios de los sacos, que al parecer habían ido a un mercado cercano para abastecerse. El chofer había prometido que esperaría a que regresaran y estaba decidido a cumplir su palabra.

Nadie me daba una respuesta clara sobre la próxima salida hacia el mismo destino ni dónde se cargaría. Me acerqué a un muchacho que parecía despierto y atento a su entorno. Su tarea consistía en preparar la mercancía para entregársela a un señor que, en equilibrio sobre una escalera de acero fijada al lateral del vehículo, aseguraba los fardos dentro de la rejilla metálica situada en la parte superior.

El muchacho sabía cuál de las guaguas que esperaban sería la siguiente en salir, dónde se cargaría y quién era el chofer. Le di las gracias por su ayuda. Mi experto de confianza... de unos diez años de edad. Me acerqué al chofer que indicó para obtener más información.

El chofer de la guagua número dos, que estaba a punto de salir, me indicó que me sentara en el asiento delantero del pasajero y que colocara allí mi bolsa para reservar el sitio. Como mi pequeña bolsa de deporte solo contenía lo necesario para el viaje, no podía dejarla

sin vigilancia. Me senté delante con la bolsa compacta de color azul oscuro sobre las rodillas e intenté bajar la ventanilla. Mientras giraba la manivela tuve que sujetar el cristal para que no se desprendiera de la ranura interior. Desde esa posición, observé el intenso movimiento de los pasajeros en la acera adyacente, esperando a que el chofer número uno encendiera la guagua y se marchara.

Dos jóvenes amigos se turnaban para hacerse retratos y tomarse *selfies*. Eligieron una puerta metálica gris pizarra como fondo para sus fotos verticales. Lamentablemente, pasaron por alto un hermoso exterior de madera en colores pastel cuyas tablas horizontales habrían añadido una sutil textura al fondo. Se quitaron las sudaderas, hincharon el pecho, lucieron camisetas de colores, mostraron sus mejores sonrisas de “ya casi es Año Nuevo” y se dieron instrucciones en kreyòl para la sesión de fotos improvisada.

Cuanto más evidente era que el chofer número uno dudaba en partir o en aceptar nuevos pasajeros, más se llenaba mi guagua. Los pasajeros subían para reservar su asiento y se arremolinaban en la acera adyacente para vigilar sus bolsas dentro del vehículo.

Llegaron cuatro muchachos, con edad oscilantes entre los 14 y los 15 años. También querían ir al mercado y volver. Le pidieron al chofer número dos que no se marchara hasta que regresaran. El mercado de Las Matas de Farfán tenía de todo, mientras que el pueblo al que nos dirigíamos seguramente no tendría tanto, ni siquiera en día de mercado. Ya fuera para comprar provisiones, desayunar o comprar regalos para las fiestas, el chofer número dos accedió a su petición y les prometió que no se marcharía hasta que volvieran. Además,

cada bolsa nueva que se cargaba suponía un billete, a menos que no ocupara espacio adicional.

El regreso de los cuatro chicos se prolongó. La guagua número uno ya había partido. Los pasajeros de la guagua número dos estaban empezando a impacientarse. No se habían levantado temprano, antes de que saliera el sol, para salir tan tarde.

El chofer número dos comenzó a hacer llamadas por su celular para ver si alguien podía ayudar a localizar a los cuatro jóvenes para que pudiéramos continuar nuestro viaje hacia el noroeste. Finalmente, doblaron la esquina y se apretujaron en la parte trasera de la guagua, que ahora estaba completamente llena.

El chofer se agarró al cristal de la izquierda de su asiento y bajó la ventanilla. El mecanismo de la ventanilla tampoco funcionaba bien en su lado. Al verlo, confirmé que la técnica que había utilizado era la única forma de abrir o cerrar las ventanillas delanteras. El resto de los elementos de la guagua estaban en un estado similar, aunque había que reconocer que funcionaban.

La buena noticia era que el chofer número dos era ordenado y tenía sus límites bien claros. No actuaba según el principio de que siempre hay espacio para uno más. Evaluaba la ruta, la distancia, el peso de la carga de su vehículo, el estado de la carretera, el tiempo y los neumáticos. Una vez que determinaba que la guagua estaba llena, no había margen para negociar. Por ejemplo, no dejó que se subiera una tercera persona delante conmigo, lo cual era muy atípico, pero también una buena señal. Le gustaba asegurarse su propio espacio para conducir el vehículo con mayor comodidad. No quería cambiar de marcha entre o debajo de las piernas de dos pasajeros más.

Antes de salir de la acera, un pasajero que iba en la parte trasera de la guagua pidió a otro pasajero que se quitara su machete de un metro de largo. Al hacerlo, le aseguró que así podríamos evitar cualquier “problema en el camino”.

Desde mi asiento, al girarme a medias, vi cómo el campesino desataba dos cuerdas gruesas de la parte trasera de sus pantalones que sujetaban el machete cerca de su cuerpo. Me pasó el machete al asiento delantero para que lo guardara. Lo coloqué con cuidado a la izquierda de mis piernas colgantes, fuera de su alcance.

“Así está mejor”, dijo el otro caballero. “Ahora podemos evitar cualquier eventualidad Y cuando llegue a su destino, puede recuperar el machete y seguir su camino”.

El caballero fue muy hábil a la hora de convencer al campesino de que entregara lo que, además de ser su herramienta de trabajo, ha sido utilizado, históricamente, como un método espantoso para resolver disputas, especialmente en delitos de odio y de revancha apasionada. Por la tranquilidad del resto de nosotros, agradecí en mi interior su habilidad diplomática. No es fácil separar a un hombre de su machete.

En voz muy baja, justo fuera de la guagua, mientras los pasajeros se empujaban en la parte trasera, el chofer rezó una primera oración por nuestro buen viaje. Acto seguido, se subió al asiento delantero y condujo la guagua que se hundía en los hoyos y en un profundo desnivel en el camino antes de girar inmediatamente a la izquierda hacia la autopista interprovincial que salía del pueblo. Al girar a la izquierda, en una segunda oración susurrada, deseó que todos los pasajeros llegaran sanos y salvos a sus hogares.

Una docena de cuadras más adelante, el bullicio urbano de Las Matas de Farfán quedó atrás. El paisaje se volvió verde y rural. Continuamos hacia el noroeste, en dirección a la frontera con Haití.

El chofer era prudente. Se anticipaba a todos los caprichos de la carretera. Me dijo que, al final, había sido mejor que no hubiera tomado la primera guagua. No quiso dar más detalles. Supuse que había sido una decisión propia cuando me indicó que subiera a su guagua. Ahora estaba agradecida de no haber cabido en la primera. El chofer sabía manejar su vehículo y no empeoró la situación cuando el tráfico se ralentizó hasta casi detenerse al pasar por lo que parecía ser el lugar de un accidente más adelante.

Mientras el tráfico serpenteaba en desordenada anticipación por sortear el lugar del accidente, el chofer se asomó por la ventana y llamó al conductor de un sedán negro que se acercó con la ventanilla polarizada bajada.

“¿Hay muertos?”

No entendí su respuesta, ya que estaba fuera del alcance de mi oído, pero me llamó la atención la especificidad de la pregunta y lo directa que era.

A medida que nos acercábamos al accidente, era evidente que el chofer del enorme camión había muerto aplastado. El vehículo había dado una vuelta de 180 grados y yacía aplastado, destrozado contra el arcén, habiendo derribado una línea eléctrica con el impacto. La carrocería del camión había perdido su tridimensionalidad. Imposible que el conductor hubiera sobrevivido, pensé. No había ninguna ambulancia entre los equipos y vehículos de emergencia que se encontraban en el lugar.

Había coles, calabazas verdes y cajas de madera medio llenas esparcidas por todas partes, dentro y fuera de la curva de la carretera. Los residentes de esta parte de la carretera parecían económicamente desfavorecidos. Aun así, nadie tocó las cajas de verduras ni los productos desparramados por el suelo. La muerte se había apoderado de la zona.

Unas sesenta personas se agolpaban en grupos de diez o quince en diferentes puntos del lugar donde se había producido el desastre y donde el camión volcado se había derramado sobre sus propiedades y sus vidas. Avanzábamos lentamente y en la guagua se cernió un silencio sombrío tras lo que acabábamos de ver. La vida y la muerte se intercambian en un instante. No oí al chofer rezar, al menos en voz alta. Estaba concentrado en la carretera.

A tres cuartos del camino hacia nuestro destino, surgió un problema cuando se supo que los cuatro jóvenes que viajaban en la parte trasera no podían pagar el precio total del trayecto que le habían pedido al chofer. Su destino era un lugar remoto. No había otra forma de llegar, sobre todo con el equipaje y los paquetes que llevaban. Los jóvenes dijeron que su empleador les debía dinero, pero que el día del viaje les habían dicho que no les pagarían hasta el lunes siguiente.

Los pasajeros tenían opiniones diferentes sobre la situación. Si dejábamos a los jóvenes en medio de ese cruce desierto, no tendrían forma de llegar a su destino. Algunos querían dejarlos a su suerte en ese tramo desolado de carretera. Por otro lado, si los acompañábamos, todos haríamos el mismo viaje de ida y vuelta a la carretera principal, y el chofer perdería el dinero extra que le correspondía.

Algunos querían darles una lección a los cuatro. Ser transparentes y honestos era parte de aprender a ser responsables de nuestras acciones. Aprovecharse de un chofer que hacía todo lo posible por ganarse la vida también era una falta de respeto. Algunos buscaban una válvula de escape para descargar su ira acumulada, que no tenía nada que ver con ellos, y esto les brindó una oportunidad útil que se presentó de paso. Por suerte, el machete seguía en su funda de cuero, junto a mi pierna.

El chofer estaba molesto porque los cuatro habían falseado sus recursos. Les pidió de nuevo que pagaran el resto del viaje y estos repitieron su coartada, que no podían completar el pago.

Así que se detuvo en frente de un policía alto que hacía guardia. Le explicó la situación. El agente asomó la cabeza dentro de la guagua y ordenó a los cuatro que salieran. Repitió la orden una, dos, tres veces. Los cuatro se negaron a moverse del fondo de la guagua. Las dos filas de asientos de la abarrotada guagua les servían de protección frente al fácil acceso de las autoridades locales.

Por una conversación que había escuchado anteriormente entre los cuatro y otro pasajero, sabía que no tenían documentos de identidad nacionales y que no entendían la importancia y los derechos que estos conllevaban. Esto les hacía más vulnerables.

Al permanecer juntos y negarse a moverse, los cuatro parecían aún más jóvenes que cuando los vi por primera vez vagando por el mercado antes de subir a la parte trasera de la guagua.

Intenté aportar lógica al bullicio de opiniones. Me di la vuelta y pregunté en voz alta, sin dirigirme a nadie en particular: “Creo que son menores, ¿no?”

Quería que los demás, incluida la autoridad policial, entendieran mi línea de pensamiento sobre la grave implicación de las medidas que proponían. Retenerlos durante toda la noche en una celda policial de un pequeño pueblo olvidado, diseñada para delitos más graves cometidos por adultos, no me parecía una medida ecuánime. Quién sabía qué injusticias adicionales podrían sufrir allí.

Nuestro chofer seguía creyendo firmemente en su Dios. Para sorpresa de todos los que íbamos en la guagua, excepto yo, que ya había escuchado dos veces sus transacciones de la fe, no insistió en que la policía los persiguiera. En cambio, volvió a arrancar el motor de la guagua y giró por la carretera sin asfaltar para llevar a los cuatro flacuchos a su lejano destino, a pesar de que no podían pagarle el favor. Todos permanecieron en silencio. La carretera estaba polvorienta, llena de tierra, rocas y grava. Nadie quería que un pinchazo se sumara a los acontecimientos del día.

Cuando los cuatro chicos se bajaron al final de su excursión gratis de unos veinte minutos, el campesino que iba en la primera fila detrás de mí también se apeó y me pidió que le pasara su machete. Se lo ató hábilmente a la espalda, se subió a la parte trasera de una motocicleta que le esperaba como pasajero y se marchó.

No sé si los cuatro chicos le dieron las gracias al chofer, aunque sí estoy segura de que estaban agradecidos. Habían sobrevivido a un susto considerable y a un encontronazo potencial con una autoridad ansiosa de acción.

Tomamos el mismo camino lento, rocoso y sin asfaltar, de veinte minutos de duración, para incorporar-nos a la carretera principal. Mientras avanzábamos con

dificultad por el terreno irregular, oí al chofer pronunciar una tercera oración, de nuevo en voz baja. Que Dios encuentre la manera de devolverle este favor y recompensarle las cuatro tarifas que no pudo cobrar.

Le di las gracias al chofer por su madurez y su calma, y por mantener la cabeza fría. Cuando llegamos a la carretera principal, girando de nuevo a la izquierda para continuar hacia el norte en el tramo final, rezó por última vez para que nada nos sucediera durante el resto del viaje.

Al llegar a mi destino antes del mediodía, salí a pie para explorar la zona, las carreteras circundantes y un pueblo vecino separado por suaves colinas. Antes del atardecer, llegué a la ciudad fronteriza de Pedro Santana y terminé conversando largo y tendido con el dueño de una tienda de comestibles. Cuando le conté la historia del camión aplastado en la autopista, él ya estaba al tanto de las noticias del accidente y de las condiciones de la carretera donde había ocurrido. Todo el mundo sabía que esa parte de la carretera era la curva de la muerte, me dijo. Todo el mundo, excepto yo.



Al acompañar a este pequeño niño llamado Banyan y a su familia de científicos, mi sabiduría se ha profundizado. Cuando me despido de la familia, los guías, el guardaparques y el campo de huesos del Parque Nacional Lago Enriquillo, me siento ligera e iluminada.

Campo de huesos

Las tiesas y desnudas ramas se extienden hacia ninguna parte: sus vidas truncadas sirven para documentar a donde estuvo el nivel del agua hasta que descendió, dejando a su paso cultivos hundidos y medios de vida abandonados. Diez años después, el campo de huesos de ramas y troncos delgados y sin espinas cuenta la historia del nivel actual del agua, que ha bajado y ha dejado al descubierto una extensa costa.

El lago Enriquillo, el mayor lago salado de las Antillas, alberga un registro ecológico de reptiles que se arrastran y se propulsan con la cola —iguanas, lagartos, cocodrilos—, además de una gran variedad de aves que despegan y aterrizan en la quietud de sus necesidades básicas. Los fragmentos antiguos de coral saturados de sol, esparcidos por todas partes, yacen entre piedrecillas y rocas blancas y grises que delinean la orilla del agua.

Es temprano por la mañana, antes de que el calor del sol pueda blanquear aún más el desolado paisaje. Le tomo fotos a dos mujeres en la distancia quienes se mueven con lentitud dentro del campo de huesos. Su tamaño me sirve como punto de referencia para comprender la altura de las copas de los árboles perdidos. Al acercarme, noto que están identificando elementos de la flora, la fauna y el hábitat. Entre susurros mencionan pájaros de pecho azul, los de cuello negro o los de patas amarillas, posados en una rama que sobresale horizontalmente sobre el agua.

Nos presentamos. Su acento es estadounidense. La conversación se desarrolla en inglés. Está claro que tienen un vasto conocimiento científico para evaluar el paisaje y sus criaturas. Los seres humanos nos sentimos pequeños ante él, algo así como recién llegados a los diez millones de años de historia geológica.

Se acercan un hombre (el marido de la más joven de las dos mujeres) y un niño (su hijo). Más saludos y presentaciones. Me entero de que la mayor de las dos mujeres es una científica y amiga de la familia extranjera, y que el marido de la más joven tiene formación en geología. La más joven tiene conocimientos en varias áreas de la zoología. Las afinidades académicas de los tres se complementan.

El niño tiene un nombre majestuoso: Banyan. Dado el conocimiento que la familia tiene de nuestro entorno, supongo que este viaje de descubrimiento forma parte de la educación de Banyan y que probablemente sea una de muchas excursiones similares. Formulo mi pregunta en consecuencia.

“Te han puesto el nombre de un árbol precioso. Seguro que ya lo sabes”, le digo al niño.

Él me confirma que sí y dice que lo ha visto más de una vez. Le digo que tiene suerte de tener un nombre tan mágico y que el baniano es uno de mis árboles favoritos. Tiene cuatro años, pero su capacidad de atención y su ingenio es de alguien mucho mayor. Se agacha, se mete debajo del labio superior dos trozos de coral blanco en forma de cono y se da la vuelta para mostrarme sus nuevos colmillos de Drácula.

Los adultos y yo acordamos compartir la misma estrecha lancha motora para recorrer el lago. La administración del parque nos informa de que el capitán de la embarcación “está en camino”, lo que, en el contexto

cultural, puede significar cualquier cosa, desde que acaba de levantarse, está desayunando y saldrá en breve, hasta que podemos contar con su llegada en un plazo de veinte a noventa minutos. La familia nuclear de tres miembros vive en la República Dominicana. Al igual que yo, los padres comprenden que aquí el tiempo es elástico.

“¿Cuándo llega el capitán?”, pregunta el niño.

Un guardaparques nos indica unas escaleras cerca de la zona de entrada de visitantes y nos sugiere que disfrutemos de las vistas desde el mirador de la estructura de madera construida al estilo tradicional. La terraza techada rodea la mitad de la caseta de información.

Todos subimos las escaleras y miramos hacia el lago, aunque la vista no está libre de obstáculos. La altura del niño le impide ver o imaginar lo que se ve. Se pone inquieto.

“¿Cuándo llega el capitán?”, pregunta de nuevo.

Le comento a su madre que enviarnos al mirador ha sido una estrategia del guardaparques para distraernos del largo retraso previo a nuestro paseo en barco.

“La República Dominicana es una táctica para ganar tiempo”, responde la madre con una sonrisa desprovista de malicia.

Banyan nos dice que sus animales favoritos son los pájaros.

“¿Es ese un ruiseñor? ¿Es ese un ruiseñor? ¿Es ese un ruiseñor?”, repite juguetonamente, una y otra vez, en series de tres.

Un humor muy sofisticado para un niño de cuatro años, pienso, y me pregunto si sabe el significado de *mocking bird* (en inglés, “pájaro que se burla”), si ha aprendido la parodia de una película de Disney o si ha oído el fragmento en un meme viral que circula en sitios

de redes sociales (bajo supervisión de padres). En cualquier caso, le encanta la secuencia.

La amiga de la familia comenta que le molesta su repetición.

“Annie dice que soy molesto”, le informa Banyan a su madre.

“Yo creo que eres divertido”, le digo en su defensa. Ha sido paciente y muy valiente. Además, no quiero desanimar el ego en desarrollo de este niño pequeño y brillante.

Finalmente, recibimos la noticia de que el capitán está a punto de llegar. Antes de bajar las escaleras de la terraza y ponernos los chalecos salvavidas naranjas reglamentarios, la madre comenta que hay iguanas en el techo. Aunque no podemos verlas, ella las identifica por el movimiento de sus colas. A nivel del suelo, deambulan libremente por todas partes.

Mientras buscamos chalecos salvavidas que se ajusten a nuestras tallas, le sugiero a Banyan que se vuelva a poner los colmillos para protegerse mejor de los cocodrilos del lago. No le hace ninguna gracia.

Cuando el guardaparques le pone a Banyan un chaleco salvavidas para adultos, le señalo que le queda demasiado grande. La parte inferior del chaleco le llega por debajo de las rodillas. La madre observa que el niño podría pasar por uno de los agujeros de los brazos. Está a punto de cambiarlo por otro que han dejado en el coche cuando el guardaparques saca de la pila un chaleco para niños.

El capitán y el guía llegan al lugar, sin chalecos salvavidas, y demuestran conocer muy bien el entorno del lago. Son estudiantes universitarios. Una vez en la barca, le preguntan al niño en inglés si habla español. Él evita el contacto visual y asiente con la cabeza. Es evidente que la respuesta real es no.

Navegamos por aguas llenas de cocodrilos. Sus hocicos se deslizan silenciosamente por la superficie del agua mientras el guía explica en español (a la madre de Banyan y a mí) que el macho alfa es el más fuerte del grupo y el encargado de proteger el territorio en el que circulan entre 20 y 30 hembras. Las hembras de su harén solo se aparean con él.

Noto que se están gestando paralelismos subliminales en la mente de los dos veinteañeros locales y sugiero que este no es un modelo social para seguir en nuestra especie, por muy legendaria que sea la potencia sexual masculina dominicana. Debido al uso de la jerga dominicana, solo los dos guías y yo entendemos esta digresión. Lo mantenemos así, discretamente. Como sea, todos los demás ojos están fijados en los cocodrilos.

Ahí, en la pequeña y estrecha lancha, hablamos de la envergadura de las aves, la anchura del hocico de los cocodrilos y los indicadores de género de los tetrápodos, si los pingüinos se consideran aves a pesar de no poder volar, la migración medioambiental y económica debido a la subida y bajada del nivel del agua del lago, los orígenes volcánicos del supercontinente Pangea, los cambios geológicos, el sistema de filtrado interno de agua salada a agua dulce de los cocodrilos y las temperaturas específicas de los nidos que determinan si los huevos de cocodrilo eclosionan machos o hembras.

Al acompañar a este pequeño niño llamado Banyan y a su familia de científicos, mi sabiduría se ha profundizado. Cuando me despido de la familia, los guías, el guardaparques y el campo de huesos del Parque Nacional Lago Enriquillo, me siento ligera e iluminada, fascinada por la biodiversidad de las criaturas con las que comparto el planeta.

Me informó que la fruta era más importante para la hidratación del cuerpo humano que el agua, que cuanto más alta colgaba la fruta del árbol, más nutritiva era su esencia, y que se podía mejorar la utilidad del agua para el sistema digestivo humano exprimiendo limón, lima o maracuyá en un vaso.

El calidadario

Hijo del Caribe, concebido en Haití y nacido en Nueva York de padres judíos estadounidenses que se habían casado por amor muchos años antes, mi vecino es consciente del pasado, pero se centra en el presente y el futuro de la Tierra.

El matrimonio de sus padres se produjo en un santiamén gracias a los servicios de un amigo dispuesto a actuar como juez de paz. Se tuvieron que abrir paso a codazos entre los proxenetas y las prostitutas que había en los alrededores del Ayuntamiento en el Lower East Side de Manhattan para llevar a cabo una ceremonia rápida que terminó con la colocación de un anillo de bodas de pacotilla —sacado de una caja de Cracker Jack ese mismo día— en el dedo anular izquierdo de la novia.

La pareja se había conocido poco antes en una cita a ciegas organizada por un amigo común cuyo nombre, en su forma compuesta, se aproximaba al de cada uno de ellos, un prometedor signo cabalístico, que comprendieron tiempo después.

Cuando el destino amenazó con abrir una brecha en su relación, en forma de una beca de intercambio académico totalmente pagada en Perú a la que el joven dio el “sí, quiero”, la pareja decidió intercambiar votos “hasta que la muerte nos separe” para subsanar los 5800 kilómetros que amenazaban con separarlos. Tras dar el “sí, quiero” en Nueva York, el novio y la novia, ahora marido y mujer, partieron como recién casados

hacia Sudamérica. Quitar la diapositiva de Nueva York. Insertar la diapositiva de Lima, Perú.

Apasionados y comprometidos con el humanitarismo y el campo de la salud, las trayectorias profesionales de la joven pareja comenzaron a germinar, abriendo amplias puertas de oportunidades globales para estos dos *baby boomers* de gran corazón de la Gran Manzana.

Mi vecino, un autoproclamado hijo del amor de la Era de Acuario, nació de esta pareja muchos años después que sus dos hermanos mayores, un regalo tardío para sus padres, ya mayores pero llenos de energía. Bajo el signo de Acuario, la convergencia planetaria solo se produce una vez cada 800 años y trae consigo esperanza e innovación, inspirando a los seres humanos a “encontrar puntos en común en lo que significa ser humano” (Suzanne Scott en *Vogue India*, 30 de enero de 2021). Estos conceptos son muy ciertos para mi vecino.

Aunque se mudó al lado después de Año Nuevo, apenas habíamos intercambiado una que otra palabra. Esta vez, nuestro encuentro se produjo cuando subía las escaleras hacia mi apartamento y él estaba a punto de bajar las escaleras desde el suyo. Llevaba en la palma de mi mano derecha, por encima del hombro, una papaya grande y madura. Al ver mi fruta de color naranja intenso, él inició la conversación con una descripción general de las propiedades bioactivas de las frutas, las semillas y los frutos secos (tanto los comestibles como los que no lo son).

Me informó que la fruta era más importante para la hidratación del cuerpo humano que el agua, que cuanto más alta colgaba la fruta del árbol, más nutritiva era su esencia, y que se podía mejorar la utilidad del agua

para el sistema digestivo humano exprimiendo limón, lima o maracuyá en un vaso.

En algún momento, nuestra conversación se amplió y me resumió su visión de la historia antigua y contemporánea, las conexiones entre el espiritismo y la psicología, su capacidad de atención dispersa cuando era niño y su visión del mundo como “calidadario”, un término que escuchaba por primera vez.

Dentro de esta rúbrica, abarcó una amplia gama de temas, pasando de la web oscura a los pedófilos en Little Saint James (la llamada “isla de Epstein”); la masonería; el “exitoso” experimento de El Salvador al adoptar la criptomoneda como moneda de curso legal (mi nota: infructuoso en cuanto a su objetivo declarado de inclusión financiera); la teoría de la conspiración sobre el conocimiento previo del 11-S, que envuelve un complot a la CIA, el Mossad y Arabia Saudita, junto con inversores bien informados que registraron un alto nivel de operaciones con opciones antes de los ataques sincronizados en suelo estadounidense de septiembre de 2001; el colorismo; el vegetarianismo; los neoconservadores, los neonazis, los neoliberales; y una disociación categórica de la ciudadanía de las responsabilidades que la acompañan, como la obligación de pagar impuestos.

El calidadario, hijo del amor, se centraba más en la conexión, las vibraciones y la biodinámica. Sus círculos se estrechaban o se ampliaban en función de estos y otros indicadores relacionados.

Muy inteligente, con capacidad para exponer con elocuencia y extensamente cualquier tema, aderezaba sus discursos con datos y hechos, aunque a veces se le escapaban algunos detalles (confundió a los hutus con

los hutíes). Mi objetivo aquel sábado por la mañana era simplemente satisfacer una necesidad biodinámica de hidratarme con fruta fresca, pero la conversación que mantuvimos me proporcionó mucho más que un bocado.

Tres horas más tarde, bajo la afortunada sombra de nuestra terraza, cuando nuestra conversación languidecía, mi vecino, un hijo del amor de la Era de Acuario, anunció que retornaba en un minutito. Entró corriendo a su apartamento y regresó con una papaya del mismo tamaño que la mía, con un color y un grado de madurez similares.

Propuse que brindáramos, chocando las papayas gigantes, poniendo fin simbólicamente a un increíble viaje de comunicación intergeneracional. Al ver las similitudes entre las dos frutas, me preguntó cuánto había pagado por la mía. Las transacciones informales en el barrio funcionan acorde a una escala variable de disponibilidad relativa, necesidades y relaciones. Comparamos los precios y concluimos que él había conseguido una oferta ligeramente mejor.

Aunque esperaba con impaciencia este momento en el cosmos, mi vecino también era un hijo de la tierra y un producto etnocultural del Lower East Side de Nueva York, donde las enseñanzas del espíritu y el orgullo convergen con las habilidades para regatear con dureza.

Triángulos y tamarindo dulce

Tres mujeres preparan el desayuno y los aperitivos de la mañana. Cortan y trocean, y se las ve desde la acera pese a que el local aún no ha abierto. Me acerco para preguntar cómo llegar a El Samán, una pequeña comunidad, y recibo tres respuestas diferentes, incluida la pregunta de cuál Samán estoy hablando. Hay más de uno.

Antes de aclarar esto, felicito a la mujer de más edad por sus grandes pendientes metálicos en forma de triángulo. Los aretes le favorecen y enmarcan su rostro. Su cabello negro, recogido en la nuca, está metido en una redecilla. Una vez que se quita la redecilla, su melena caerá perfectamente lisa después de haber estado enrollada alrededor de la cabeza y sujeta dentro de la redecilla durante horas. Lo que antes era un accesorio para dormir, ahora se lleva a plena luz del día como un complemento.

Les explico a las tres cocineras que estoy buscando a los *gagá*, un conjunto tradicional de músicos dominico-haitianos, acompañados de bailarines. Desde primera hora de la mañana están listos para comenzar las rondas de Semana Santa en El Samán.

“Tome un motoconcho hasta Montellano”, me indica una de las mujeres. “Al otro El Samán”.

Sé que estoy en El Samán correcto porque se encuentra detrás de un pequeño puesto famoso en la zona por sus empanadas. Es tan famoso por esto que el cobrador de la guagua me avisó de mi parada gritando “¡empanada!”

Una de las cocineras dice que escuchó música gagá la medianoche anterior. Sabe que venía de la dirección de Montellano, pero no tiene idea de qué barrio exactamente. Sonríe al recordarlo y me pregunta si me gusta el gagá.

“Mucho”, le respondo.

La de los pendientes triangulares grandes dice que sabe a qué comunidad de El Samán me refiero.

“Tienes que coger un motoconcho”, me ordena.

Mascullo que no todo tiene que hacerse en motoconcho y pregunto a qué distancia está la comunidad costera.

“Dos minutos al otro lado de la carretera principal, justo después del puente nuevo. Tome la carretera en dirección a la playa. Pregunte allí”.

Ella confirma lo que yo pensaba y decido ir andando.

Doy las gracias a las tres mujeres por orientarme y sé que esta no será una excursión de una sola parada. En la esquina después del puente, una mujer curvilínea con un vestido naranja neón, ajustado y con aberturas sugerentes en la tela cerca de los pechos y las caderas, brilla como un faro en el letargo matutino. Sus ojos están fijos en los vehículos que pasan por la autopista. Esta es su esquina y está trabajando.

A unos diez metros de la bifurcación, se ha reunido un pequeño grupo de gente a la sombra. Dos jóvenes aguardan montados en sus motocicletas. Me acerco al grupo, pasando mi mirada de unos ojos a otros, mientras todos me miran. Aún no estoy segura de quién tendrá la información que busco.

“¿Ya han salido los gagá?”, pregunto.

“¿Los qué?”, responden varias voces al unísono. Comienza una nueva discusión.

Una mujer de mediana edad explica al resto el significado del término gagá y luego se vuelve hacia mí y me dice con autoridad que no hay gagá debido a la Semana Santa.

Esto me deja en la incómoda situación de tener que corregirla en público y aclarar a todo el grupo que, precisamente porque es Semana Santa, los gagá seguro que actúan, incluso con permiso de las autoridades locales, ya que son una importante manifestación cultural sincrética. Alguien entre la multitud dice que tengo razón y que aparento saber de lo que hablo.

Surgen nuevas teorías en el grupo: que los gagá ya tocaron el lunes, que solo tocan a medianoche, que saldrán el Domingo de Resurrección. Sé lo que sé, pero también sé lo que no sé, así que lo acepto todo. Vuelvo a plantear la pregunta sobre dónde es probable que actúen los gagá. Con esa información, puedo preguntar directamente en otros sitios. Por algunos de los términos despectivos utilizados durante nuestra conversación, es evidente que este grupo no es muy fan de los músicos itinerantes.

“Ve a Montellano. Tendrás que coger un motoconcho para llegar”, responde el coro.

Los dos jóvenes montados en sus motos se animan. Uno se ofrece inmediatamente a llevarme a Montellano.

Señalo mis largas piernas, que me han traído hasta aquí, y les digo que ellas me llevarán hasta allí. Le doy las gracias por la oferta que él repite unas tres veces.

Pido más detalles, que me digan, por ejemplo, nombres de comunidades. Las dos que repiten más de una voz son las de El Triángulo y El Tamarindo. Ahora interpreto el intercambio con la de los pendientes triangulares como un buen presagio.

Un anciano que ha permanecido en silencio todo el tiempo me dice en un español con suave acento francófono que vaya hasta El Tamarindo. Estoy segura de que sabe de lo que habla. Le doy las gracias expresamente y extendiendo un agradecimiento general a los demás.

A pie, media hora más tarde, diviso un desvío a la izquierda de la carretera principal, cerca de un enorme árbol de tamarindo. ¡Bingo! Otra señal positiva. Bajo el árbol, los clientes están seleccionando pescado troceado para la comida tradicional del Viernes Santo. Me acerco al grupo y dirijo mi pregunta a una mujer de huesos grandes, con el pelo hasta la mitad de la espalda, peinado en gruesas trenzas. Entre español, francés y criollo haitiano, compruebo que no sabe nada de gagá.

“Es como el *rará*”, le aclaro.

Se le ilumina la cara. Es la primera vez que oye ese término en español dominicano. No sabe dónde puedo encontrar gagá cerca de allí, ni siquiera si hay. Un joven bien plantado a mi derecha me dice que vaya a El Tamarindo. La información encaja.

“Necesitas un motoconcho para llegar. Sube. Te llevaré”. Señala su moto.

Estoy encantada de estar avanzando. El árbol de tamarindo, los peces, el Viernes Santo, un término que significa algo para alguien, y una persona que me confirma hacia dónde debo ir. Estoy radiante, pero rechazo la oferta de la moto.

“Es lejos”, me advierte. “Sigue recto. Al final, gira a la izquierda”, me indica señalando hacia la derecha. Los términos “derecha” e “izquierda” son imprecisos en la República Dominicana, pero un gesto con la mano no da lugar a ambigüedades.

Mientras recorro la larga carretera antes de girar a la derecha, pasa el mismo motorista con la fortachona en el asiento trasero.

“Hasta el final y luego por aquí”, grita, señalando de nuevo a la derecha.

Al dejar atrás un bloque aparecen vendedores ambulantes ofertando el pescado fresco del día. El paseo bajo la sombra está lleno de actividades. En la esquina donde debo girar a la derecha, asomo la cabeza en una pequeña cafetería con dos mesas pequeñas. Una está vacía. Un hombre está sentado solo en la otra, tomando una sopa espesa. Le deseo ¡buen provecho! y le pregunto a la mujer detrás del mostrador si es aquí donde debo girar a la derecha para llegar a El Tamarindo.

“Sí. Gire aquí a la derecha y siga recto. El Tamarindo está después de El Triángulo”.

Ante una bifurcación inesperada en el trayecto indicado, le pregunto a un hombre que vende caña de azúcar en una carretilla cuál es el camino que conduce a El Tamarindo. También me dice que siga recto; aunque la próxima bifurcación presenta una ruta con curva hacia la izquierda y la derecha. De nuevo, decido seguir la indicación de la mano, que era más hacia la derecha que a la izquierda. En el trayecto abundan los pequeños puestos de pescado y hombres, mujeres y adolescentes descansan por separado observando la calle.

Al sentir que me acerco al barrio, ya que la carretera se estrecha, le pregunto a un hombre si El Tamarindo comienza aquí.

“Aquí mismo”, me confirma el vecino, señalando una medianera de césped unos metros más adelante en la pequeña carretera y me dice que gire donde está aparcada la yipeta blanca en la esquina (o sea, a la izquierda).

Memorizo todos los puntos de referencia del camino: un parque, grafitis, fachadas pintadas en tonos pastel, el punto de recogida de basura cerca de donde está aparcada la yipeta. Tendré que encontrar el camino de vuelta.

La entrada a El Tamarindo está al otro lado de una pasarela improvisada donde la carretera asfaltada se une con el camino de tierra. Hay un pequeño bar-cafetería en el cruce. Le pregunto a una adolescente que atiende la tienda si los gagá ya se presentaron.

Cruza rápidamente la calle descalza, sin dar ninguna explicación. Atraviesa una pasarela más pequeña y precaria y entra en el patio privado de una familia. La sigo porque sus pasos son decididos.

En el patio, cuatro mujeres mayores se trenzan el pelo unas a otras y se dedican a diversas tareas de aseo personal. Las acompaña una niña pequeña. Ella es la primera en saludarme.

“¡Hola!”, grita.

Me adentro en el patio interior y saludo a todas. Como la adolescente delgada que me ha guiado hasta allí ha desaparecido casi al mismo tiempo que ha llegado, explico el motivo de mi visita al barrio y pregunto por el conjunto de gagá. Felicito a una mujer que luce un peinado trenzado de dos tonos muy llamativo. Ella me devuelve la sonrisa.

La mayor señala con la barbilla la zona por donde he entrado. Allí, la adolescente está hablando con un joven sentado en una motocicleta al borde de la calle. Vuelvo a mirar a la mujer que vuelve a señalar con la barbilla. Me acerco a los dos jóvenes y finalmente comprendo que la adolescente tan eficiente ha llamado a uno de los músicos de gagá locales.

El joven me cuenta que toca el bombo y que el gagá “se prende” a las 4:30 de la tarde. Calculo todo el tiempo que me ha llevado llegar hasta aquí incluida la espera de los erráticos transportes públicos en un día festivo, lo que tardaré en volver a casa y cómo estaré a tiempo para mis dos reuniones virtuales con personas del otro lado del mundo, la primera de las cuales comienza a mis 5:30 de la hora local. La logística no cuadra. Estoy profundamente contrariada y explico que, como me dijeron inicialmente que el gagá comenzaría a primera hora de la mañana, pensé que podría cumplir con ambos compromisos. Mientras me despido del adolescente y de las mujeres del patio, la niña grita un “¡adiós!” tan fuerte como su “¡hola!” inicial.

Al cruzar con cuidado la pasarela improvisada, adivinando dónde puede estar mejor fijada, me topo con el percusionista conversando con otro joven. Me informa de que ha habido un cambio de horario debido al cumpleaños del músico con el que está hablando. El gagá comenzará a las 2 de la tarde. Son las 10:30 de la mañana.

“Quédate por aquí hasta entonces”, me sugiere.

Vuelvo a mirar la hora en mi celular y calculo a tientas cuántas horas quedan entre ese momento y ahora. Me parece demasiado tiempo para estar dando vueltas bajo el sol.

“Cuatro horas”, dice alguien que acaba de unirse a la conversación.

El cumpleaños, al que el baterista le está peinando el pelo de la frente con una cuchilla de afeitar, cuenta con los dedos.

“Cinco horas”, anuncia.

Le digo que yo también necesito usar los dedos para contar. Lo que no le digo es que mis dedos y los suyos han dado un resultado diferente. Pero, ya sean tres horas y media, cuatro o cinco, le hago la pregunta más importante.

“¿Te refieres a las dos de la tarde, hora dominicana, o a las dos de la tarde, hora estadounidense?”

El baterista esboza una sonrisa. Tal y como funciona el grupo, es imposible que las dos de la tarde sean las dos de la tarde. Calculo un retraso de una o dos horas. Aun así, llegaré a casa demasiado tarde para asistir a una o ambas reuniones virtuales con contactos importantes al otro lado del mundo, lo que podría tener consecuencias negativas para mi futuro.

El joven me da su nombre y su número por si cambio de opinión. Le doy las gracias y le digo que prefiero mañana, sábado, a las once de la mañana, cuando está previsto que el gagá comience. Eso me da dos horas de margen para llegar a la zona.

El sábado por la mañana llueve mucho. A las nueve de la mañana, las nubes están muy bajas y la previsión de lluvia para todo el día oscila entre el 70 y el 80 por ciento. Envío un mensaje al joven músico diciéndole que supongo que el gagá no se celebrará, ya que ningún músico querrá mojar sus instrumentos. Me confirma que también está lloviendo donde él está y que efectivamente los instrumentos no pueden mojarse.

En su foto de WhatsApp, su ropa revela significativos tatuajes y una ceja tallada. Está fumando dos cigarrillos grandes (¡o lo que sea!) liados a mano. La foto me entristece. No sé muy bien por qué.

En el chat me pregunta dos veces si estoy triste. Tampoco sé cómo lo percibe, a menos que se refiera

al hecho de que ahora me perderé por segunda vez la actuación del gagá. Quizás el tono de mis palabras ha transmitido tal tristeza.

El Domingo de Resurrección me envía un mensaje informándome de que el conjunto va a actuar en “un acto de providencia” y me pregunta si quiero ir. Insiste dos veces, “ven preparada”.

Apenas tengo tiempo para salir, y no tengo ni idea de lo que quiere decir con “venir preparada”, pero le confirmo que estaré allí en una hora, sabiendo perfectamente que es físicamente imposible. Es lo mejor que puedo ofrecer con tan poco tiempo. Unos minutos más tarde, salgo corriendo de mi apartamento.

Su hermanita me saluda de nuevo en el patio. Llego tarde... pero también lo hacen todos los músicos. Me uno al gagá mientras reúnen a otros músicos, vendan instrumentos rotos, aseguran un vehículo y al director del grupo, sincronizan estilos y ritmos, y “se prenden” en medio de un campo de béisbol antes de llevar su sonido y su séquito a una comunidad cercana.

Allá donde vayamos, una multitud cada vez más numerosa de seguidores frenéticos se une a nuestras filas abultadas. Conseguimos todos avanzar por esas hendeduras que separan los muros de las viviendas precarias y hacinadas. Los tambores del gagá, las cornetas, los gruesos fututos de bambú y los silbatos esparcen la providencia donde más se necesita. Es un bálsamo para mi alma de triángulos rotos y tamarindo dulce.



Mientras Asher empuja sin descanso los límites de su entorno conocido explorando la extensión física e intelectual de las maravillas del mundo, Adrian, tranquilo y sensible, cuatro bloques más al norte, llena su propio espacio con ingenio, viviendo la fantasía y la ficción en la inmediatez de lo que tiene a su alcance.

Envergadura

Para llegar a mi apartamento, paso junto a jóvenes que charlan en voz baja en kreyòl sobre un trozo de acera rota, ancianos que bajo la sombra de una tienda beben café o alcohol en vasos de plástico, un *food truck* que ocupa más espacio del que le corresponde, una furgoneta de reparto que descarga mercancías en el almacén que está contiguo al vertedero; y una docena de niños dedicados a diversas actividades, tales como arrastrar una fracturada cometa de plástico azul por la gravilla, acampar en una escalera abandonada que no lleva a ninguna parte y cambiar las pelotas por bicicletas a primera hora de la tarde, antes de que caiga el telón de la noche y los llamen para cenar.

Adrián (nombre ficticio), de cuatro años, forma parte de la pandilla de niños. Se imagina a sí mismo como un jugador de las grandes ligas de béisbol, un ciclista temerario o un piloto de motos. Le gusta hablar con agresividad y jugar con vehemencia. En sus identidades imaginarias, utiliza accesorios que encuentra por ahí o que le consigue su hermano mayor. Su hermano, que lleva el nombre de una de las diez tribus perdidas de Israel, es apenas un año mayor que él. Cuando juega, Adrián se concentra al máximo y se toma muy en serio su tiempo de ocio.

Atravieso la propiedad de la familia de Adrián para llegar a mi apartamento. Ante este entorno limitado, él se interna en su propio mundo. En realidad, a pesar

de sus ilusiones temerarias, cuando Adrián sale de los límites de la marquesina de su casa y de los solares contiguos, noto el miedo en su carita. Para cruzar la calle que está frente a su casa, Adrián se agarra con fuerza de la mano de su hermano, alerta ante cualquier movimiento procedente de cualquier dirección.

En los primeros meses de nuestros encuentros, Adrián no me saludaba. Mi aspecto extranjero pudo haber sido el obstáculo que impidiera que se creara el vínculo. En ocasiones, lo oía en la esquina trasera de la tienda de su familia, sollozando detrás de una puerta baja con rejas que daba al camino de entrada. Si nos mirábamos a los ojos, le aseguraba que todo iba a estar bien. A veces fingía que no me enteraba para así respetar su privacidad.

Ya llevamos muchos meses con nuestra relación intermitente de vecinos. Un par de veces Adrián ha bajado en bicicleta a toda velocidad por la entrada, imitando el rugido de una motocicleta, casi atropellándome. En su mente, está conduciendo una motocicleta. No le digo que puedo distinguir entre una bicicleta y una motocicleta, pero me aparto para dejar pasar a Evel Knievel. Evita deliberadamente el contacto visual, asumiendo una mirada decidida. Conducir una motocicleta enorme es algo muy serio.

Una vez, mientras retornaba a casa del trabajo, vi a Adrián montado en la punta del asiento de una motocicleta, delante de su padre, quien la conducía. Su padre maniobraba a buena velocidad por un trecho en mal estado que discurría perpendicular a la autopista costera. Adrián se enfrentaba a la ráfaga de aire como si fuera un pétalo de flor cara al viento y no se cansaba de sentir el elemento que se le venía encima. Su cuerpo

registraba con alegría cada hoyo, socavón y vibración. Una radiante felicidad se dibujaba en su rostro. En ese momento era quien imaginaba ser, un maestro de la carretera, que se sometía a la euforia.

Con su actitud de chico duro, Adrián es quien decide si quiere saludarme o compartir una sonrisa. Quizá sea por la influencia de su hermano. Una vez me encontré con ambos, que paseaban con su abuela antes del amanecer. El mayor, sorprendido al verme, corrió en dirección contraria para alcanzar a su abuela. Adrián miró hacia atrás para ver qué había provocado la carrera desesperada de su hermano y se apresuró a reunirse con él y con la seguridad que le proporcionaba el voluminoso cuerpo de su abuela. No soy un espíritu maligno del amanecer, sino que regresaba de una energizante tanda de natación matutina.

Generalmente, cuando nos cruzamos, Adrián está haciendo cosas importantes, como recoger tierra o arena con un tenedor de plástico, golpear con un bate de béisbol de plástico hinchado una botella de PET aplastada que lanza al aire, o fingir que hace caballitos con la rueda delantera de su bicicleta que se eleva apenas un instante en el aire. Una vez más, respeto su intimidad pública.

A veces, sin dejar entrever que lo estoy observando con el rabillo del ojo —evitando así que me atropelle en sus carreras—, no puedo dejar de sonreír para mis adentros porque Adrián es tan auténtico cuando juega. Un día, lo encuentro bateando, golpeando piedras sueltas con el mango de un paraguas desechado entre las manos. Bateando con un paraguas roto. Vaya, quizá aún no esté listo para las grandes ligas. Otro día, inesperadamente, me dedica una sonrisa irresistible mientras me saluda cuatro veces seguidas, para demostrarme

que puede hacer el saludo con la mano derecha mientras mantiene el control del manillar de la bicicleta con la izquierda.

Asher (nombre cambiado), un niño de cinco años del barrio con una energía distinta, lleva un nombre que deriva del hebreo y significa “mi lucha”. Vive su vida a voz en grito y no finge defender el amor rudo. Inquieto, normalmente sentado en un murito contemplando el barrio o golpeando un cubo de pintura de plástico volcado, Asher es una bola de energía que explota en todas direcciones. Lo observo durante meses antes de toparnos cara a cara por casualidad en la tienda de su madre.

La madre de Asher viste de forma conservadora y modesta: vestidos hasta los tobillos, faldas que le llegan por debajo de la rodilla y blusas abotonadas. Regenta una tienda del tamaño de medio mostrador de lotería, donde vende refrescos fríos, jugos envasados, fruta de temporada y habichuelas ablandadas, productos cuya compra no es necesario planificar con antelación. De camino a casa desde el trabajo, veo su tienda, me fijo en un racimo de guineos maduros que cuelga sobre la acera frente al local y entro para preguntar el precio. Asher está ocupado arrancando la cabeza de un peluche de jirafa de plástico después de sacudirlo sin piedad de un lado a otro. Establezco la conexión entre él y el niño que veo a menudo sentado en el murito, balanceando las piernas.

Antes de que su madre pueda responderme sobre el precio de los guineos, Asher me bombardea con preguntas.

“¿Cuánto es cuatro por diez?”, me pregunta para ponerme a prueba.

“Cuarenta”, respondo.

“Si quieres seis guineos que cuestan quince pesos el par, ¿cuánto pagas?”.

“Cuarenta y cinco pesos”, respondo.

“¿Cuánto son ochocientos más cincuenta y ocho?”, me pregunta rápidamente, pronunciando ochocientos como si fuera el número más grande que puede imaginar en su cabecita. Está seguro de que no podré resolver este último problema.

“Ochocientos cincuenta y ocho, obviamente”, digo. Con esto, Asher queda debidamente impresionado. Me sorprende su tenacidad para superar los límites. Nada se le escapa a Asher.

Ahora que mis credenciales están establecidas, Asher aborda el tema que realmente le preocupa.

“¿Cuál es el pájaro más grande?”, pregunta. Ya no me está haciendo una prueba. Quiere saber la verdad.

Dejo la compra de guineos para más tarde. El precio se puede negociar más adelante. En cambio, el tiempo y la atención de Asher, no.

“Depende”, comienzo con cautela. “¿Te refieres al más grande de los pájaros que vuelan o de los que no vuelan? El avestruz, por ejemplo, es un pájaro muy grande, pero no vuela, y el albatros, que sí vuela, puede recorrer grandes distancias sobre el océano. El albatros puede tener la envergadura más grande, aunque no estoy segura de su tamaño corporal”.

“Creo que es el águila”, responde él mismo a su pregunta y elude una importante división categórica entre los tipos de aves. Me doy cuenta de que quiere que el águila sea el más grande. El ave parece fascinarle.

“Te lo diré después de investigar un poco esta noche”. Esta respuesta le satisface... por un instante.

“¿A qué velocidad vuela el águila?” De nuevo, se decanta por el águila y demuestra un vocabulario inusualmente amplio para su edad: velocidad.

“No tengo ni idea, pero también lo buscaré”, le aseguro.

Asher me hace prometer que volveré a la tienda mañana con todas las respuestas.

“Te lo prometo”.

Tengo trabajo que hacer esa noche, pero lo dejo a un lado para dedicar algo de tiempo a la ornitología. Utilizo la Audubon Society, National Geographic y otras fuentes fiables para obtener datos, además de fotografías ilustrativas que capturo para subrayar mis argumentos en caso de que Asher me pida pruebas. Descubro que el avestruz es, de hecho, el ave más grande (entre las que no vuelan) y que puede medir más de 3 metros de altura, pesar más de 160 kilos y correr a más de 79 kilómetros por hora. Busco datos que respalden que el águila es el ave más grande, pero solo se acerca. En cambio, descubro que es el cóndor el que tiene la mayor masa corporal. El albatros, con una envergadura de casi 4 metros, supera al cóndor y al águila. Aun así, el águila se encuentra *entre* las aves más grandes que vuelan, lo que debería satisfacer a Asher.

Me tomo el tiempo de buscar otros datos importantes sobre el águila: su uso simbólico para el gobierno federal de los Estados Unidos de América, su función como símbolo solar y dios del cielo, y la representación de esta como símbolo de la inspiración, la victoria, la honestidad, la vitalidad, el poder y la libertad. Esto también debería convencer a Asher de que el águila es un ave importante y que, debido a su grandeza, se

confunde fácilmente con la más grande y rápida de los cielos de la Tierra.

Cuando retorno y le cuento todo esto a Asher, él se pone igual de radiante que Adrián frente al volante del motor de su padre. Al final, le pregunto si sabe de dónde procede su nombre. Le muestro ilustraciones antiguas de las doce tribus hebreas. Pero él ya conoce el origen de su nombre. Su hermana mayor, que también está en la tienda, asiente en silencio. Asher comienza a recitar los nombres de todos los miembros de su extensa familia. Todos los nombres evocan referencias bíblicas. Pierdo la cuenta de las relaciones entre los familiares, pero no su capacidad para recordar.

El talento de los niños está en constante desarrollo. Cultivando su singularidad, y si las oportunidades lo permiten, tengo la esperanza de que Adrian y Asher tengan una vida plena. Mientras Asher empuja sin descanso los límites de su entorno conocido explorando la extensión física e intelectual de las maravillas del mundo, Adrian, tranquilo y sensible, cuatro bloques más al norte, llena su propio espacio con ingenio, viviendo la fantasía y la ficción en la inmediatez de lo que tiene a su alcance.

A diferencia de las tribus israelitas en la tierra de Canaán, el río que separa a los dos niños, a sus familias y al mundo dentro de sus cabezas, son unos charcos de agua que inundan las calles destrozadas y que se asientan, tras las tormentas cotidianas, en un punto medio entre las cuatro cuadras.

Dependiendo el día, Clara podía parecer que tenía treinta, cuarenta o cincuenta años. Cuando se ponía un vestido corto de verano en tonos pastel y bailaba merengue, se quitaba décadas de encima.

Antes del después

Antes de saber lo que nos deparaba el futuro, muchos notaron cambios sutiles en la rutina y las expresiones de Clara: evasiva cuando normalmente era curiosa, atenta cuando solía preferir la soledad, evitando el doble sentido de las bromas juguetonas que podían malinterpretarse. Antes del después, antes de que Clara abandonara su cuerpo y solo pudiéramos alcanzarla en el recuerdo y en la reconstrucción colectiva, sus actos de bondad eran una constante diaria durante nuestras nueve horas de convivencia en el trabajo. Sin embargo, si se prestaba atención, había señales de advertencia. El después podía llegar en cualquier momento, moviéndose rápidamente como una corriente que tira hacia el fondo de la superficie del río. Periódicamente, Clara se quejaba de dolores y molestias, límites que le imponía su cuerpo, señales de precaución.

Tras el fallecimiento de Clara, empezamos a encajar las piezas de su rompecabeza. ¿Estaba Clara despidiéndose?

La mañana en que la noticia de la partida definitiva de Clara llegó a todo el personal, estábamos supuestos a celebrar una excursión en grupo hacia el río, con barbacoa, música, piscina, dominó y hamaca. La noticia se difundió rápidamente, se canceló el viaje, la vida (y la muerte) se habían interpuesto. Nuestro estado de ánimo decayó.

Clara era la chef principal de un trío de cocineras de mi lugar de trabajo, una organización no gubernamental (ONG), en el norte de la República Dominicana. Desde una plantilla inicial de tres personas cuando se fundó hace más de veinte años, la ONG cuenta ahora con más de 120 empleados. Cuando recibíamos la visita de grupos de jóvenes extranjeros o celebrábamos conferencias regionales en nuestras instalaciones, el número de estómagos hambrientos que alimentar aumentaba aún más. Una vez nos quedamos sin platos. Milagrosamente, el personal de cocina se mantuvo firme con solo tres personas.

Dependiendo el día, Clara podía parecer que tenía treinta, cuarenta o cincuenta años. Cuando se ponía un vestido corto de verano en tonos pastel y bailaba merengue, se quitaba décadas de encima. Trabajando duro, al mando de la cocina, adquiría la sabiduría de todas las edades. Sabía cómo adaptarse a sus clientes, ya fueran niños de tres o siete años, adolescentes o jóvenes adultos, profesores o visitantes extranjeros. Dirigía a su personal con aplomo y nos alimentaba a todos.

Complacer los paladares de los jóvenes es complicado. Sus gustos y estados de ánimo a veces dependen de caprichos. Hoy les gusta esta comida y mañana no. Rechazan texturas desconocidas y pueden conservar asociaciones o prejuicios de su infancia. Clara recordaba fielmente las restricciones alimentarias, ya fueran biológicas o filosóficas, y buscaba alternativas. Si su personal confundía quién comía qué, se lo recordaba con delicadeza.

Como yo vivo de fruta por la mañana y verduras por la noche, me encantaba poder tomar una comida

completa al día, y el menú variado de Clara, basado en productos locales, me asentaba muy bien, incluyendo el plato estrella dominicano de arroz, habichuelas y pollo, o platos a base de lentejas, yuca, plátanos, aguacate, bacalao salado o la omnipresente guarnición de repollo rallado en vinagreta.

Cuando Clara no se encontraba bien por alguna de sus dolencias crónicas, solo si se le preguntaba directamente o se fijaba con atención, una podía notar el esfuerzo que le suponía.

Un mes después de entrar en verano, Clara lanzó su campaña para que Judith engordara. Incluso mis compañeros notaron que mi plato era más abundante. Esa fue la única vez que pedí un reajuste. Por respeto, me comí la ración rebosante de arroz y habichuelas y luego rogué al personal de cocina que tuviera piedad y redujera la ración. No podría realizar este milagro de la digestión más de una vez en la vida. Clara ordenó a su equipo que recortara las raciones exageradas y, aunque le disgustaba renunciar a sus esperanzas de engordar a Judith, accedió.

Dos días antes de la excursión, le mostré a Clara una galería de fotos familiares de un viaje reciente a Estados Unidos. Ella revisó las fotos, pero parecía distraída. Era algo inusual. Clara era una persona muy sociable, con una curiosidad sincera por la vida de los demás. ¿Estaba viendo cómo se alejaba su propia familia? Solo se animó con la última foto, en la que aparecía mi primo menor sosteniendo un coco en alto.

“¿Tienes un hippie en la familia?”, preguntó sonriendo. Ella tiene algunos en la suya.

“Sí”, le confirmé. La distinción entre los activistas contra la guerra del siglo XX y los partidarios del *mindfulness* (atención plena al “aquí y ahora”) del siglo XXI no era un tema apropiado para ese momento.

Un colega recordó que Clara pidió un abrazo el día antes del funeral, poniendo fin a las provocaciones jocosas que venían de largo, con una nota final de calidez sincera. Ese mismo día, Clara no tomó el camino tranquilo y secundario que solía recorrer al final de la jornada laboral hasta su casa. En su lugar, tomó la ruta que pasaba por delante de la Academia de Bachata, un edificio anexo y parte de la ONG, lo que le permitía saludar a los jóvenes músicos y al personal que entraba y salía tras su prolongada jornada hasta bien entrada la noche.

A la mañana siguiente, temprano, cayó el telón. Mis compañeros de trabajo y yo lo levantamos, junto con la familia, los amigos y los vecinos de Clara, para llorar juntos y alabar las innumerables formas en que Clara consolaba, aconsejaba y alimentaba las almas que la rodeaban. Su recuerdo en el más allá hará lo mismo.

Semirraya

El autobús, del tamaño de un autocar, se detiene junto a la acera, donde un pequeño grupo de adolescentes espera para subir, según lo acordado previamente. Algunos cargan maletas hasta el maletero. Otros se dirigen a la parte trasera del bus, donde colocan mochilas y bolsas en los compartimentos superiores o las dejan sobre sus rodillas una vez sentados. A esta hora de la madrugada del invierno caribeño, hace frío. El equipaje voluminoso colocado cerca del cuerpo aporta calor. Se necesitará más espacio para los pasajeros y sus bultos, que se irán sumando en otra docena de paradas hasta la Cordillera Central, una cadena montañosa situada en el corazón de la República Dominicana, y nuestro destino final dentro de una región cuyo nombre significa “lugar de muchas aguas”.

El tráfico es escaso. Agradezco esto y que la limitada actividad que se aprecia esté envuelta en la penumbra casi total de la hora. Nuestros jóvenes pasajeros en los asientos delanteros, que de otro modo podrían distinguir los movimientos de una mujer a unos siete metros de distancia, vuelven a dormir, sucumbiendo al cansancio por haber madrugado.

Solo el chofer y yo somos testigos de la desagradable escena de una mujer corpulenta, vestida con harapos marrones y negros, dispuesta a hacer sus necesidades en la cuneta, a la vista de cualquiera que pase por la carretera o se encuentre cerca. Afortunadamente, los pasajeros somnolientos de nuestra guagua no se dan cuenta.

La mujer desafía nuestras miradas en su dirección. No busca ser discreta. Es casi un desafío deliberado, obligándonos a reconocer la indignidad desenfrenada de su existencia. El bus se acerca más al carril interior en el semáforo, ampliando la distancia entre nosotros y la energía de su campo magnético.

No es la primera vez que me encuentro con esta mujer errante o que, sin querer, me acerco a su territorio. El banco de la parada de transporte público es prácticamente suyo. Se sienta allí a menudo, mirando al vacío, apenas protegida por un techo roto mientras el sol quema la mañana. Los pasajeros que esperan en la parada saben que no deben compartir el espacio que ella ha hecho suyo, ni siquiera un poco de la sombra parcial.

Un día, cuando el sol se acerca al mediodía, espero la guagua en la calle principal, a media cuadra de la parada oficial. Por reflejo, miro hacia la parada. Allí, en el delgado banco metálico dentro de la pequeña caseta con el techo roto, veo las piernas de la mujer, enfundadas en una licra negra, estiradas sobre los tablones. No tengo ni idea de cómo mantiene el equilibrio. El ancho del banco es solo un pequeño porcentaje de su volumen. Quizás el sol está jugando con mi visión. ¿Realmente se ha convertido este lugar en su hogar, bajo el sol abrasador del mediodía?

Después de verla en múltiples ocasiones caminando por la calle donde vivo y trabajo, y de presenciar cómo le pedía agua de forma agresiva a un buhonero bajo un sol candente, y verla disputarse con un perro realengo un hueco en la entrada del Salón del Reino de los Testigos de Jehová, le pregunto a un compañero de trabajo si conoce su historia.

“Sí, la llaman la loca de cinco”, me dice.

Al indagar más sobre el origen del apodo, me explica que se lo ganó por pedir constantemente a la gente que le “diera cinco” (una moneda dominicana de cinco pesos). Con semejante inflación, no puedo imaginar que sus necesidades se cubran con cinco pesos, pero el apodo se le ha quedado y no ha aumentado a veinticinco pese a que intenta sobrevivir y satisfacer sus necesidades. En la actualidad, cinco pesos apenas cubren el coste de un dedal de bicarbonato sódico.

Según mi colega, esta alma errante estuvo casada y llevó una vida normal. Un día lo dejó todo y se echó a la calle. Desde que llegué a la ciudad hace más de un año, mi barrio y las calles aledañas son el lugar donde peregrina.

Este banco de la parada —compuesto por dos tablas de metal de unas diez pulgadas y que no llega a la mitad de la longitud de un ser humano de altura promedio— se ha transformado en cama para una persona sombría de grandes dimensiones, que no es más la versión públicamente aceptable de quien fue. Aunque puede pasar desapercibida en el entorno urbano (para aquellos que deciden no verla), sigue siendo una anomalía de la normalidad, la economía equitativa y las expectativas de dignidad humana.

El guion —esa semirraya en el medio que divide fecha de nacimiento y muerte— tiene un significado y un potencial muy distinto para el abanico de almas que se engloban en la compleja red de la humanidad.



Dentro de mi teleférico,
éramos seis cuellos torcidos,
que trataban de distinguir
los detalles del paisaje.
Al bajar del teleférico, se
intensificó la sensación de
que conformábamos una
peregrinación masiva. Antes de
llegar al templo, ocultos entre
las nubes y la niebla, había
varios tramos de escalones
de piedra desgastados por el
tiempo y barridos por la lluvia.

La India llama

La India llama, impulsándome a retornar al este. Dedico tiempo y esfuerzo a la tarea pendiente de decidir dónde continuar explorando un país de infinitas posibilidades. Dos meses más tarde, embarco en un vuelo a Miami, otro a Doha, un tercero a Ahmedabad y, finalmente, aterrizo en el estado indio de Gujarat, el más grande de los 28 estados y 8 territorios de la Unión. A las 2:30 de la madrugada, solicito un Uber y en cuestión de minutos llega un taxi de tres ruedas con laterales abiertos al viento. La ausencia de tráfico hace que el trayecto desde el aeropuerto hasta un hotel en el casco antiguo de Ahmedabad sea factible en 20 minutos, quizá menos. Es difícil saberlo bajo la influencia confusa de la falta de sueño.

En el primero de los tres vuelos hacia mi destino, dos hermanos se sentaron justo detrás de mí, una hilerera después de sus padres. La hermana mayor, cuyo papel era evidente por la autoridad que se otorgaba a sí misma con sus declaraciones y advertencias, así como por la confianza en su voz, estaba siempre alerta. Sin poder ver la fila de detrás, parecía tener unos seis o siete años. Hablaba en inglés con su hermanito y en árabe con sus padres. Su hermanito tenía una energía desbordante. Cuestionaba todas las órdenes de su hermana. Su pronunciación era clara y su dicción era inusual para su edad.

Hermana mayor: “Ponlo ahí [refiriéndose a un juguete]”.

Hermano menor: “¿Ahí aquí?”, una forma inteligente de preguntar por la ubicación específica.

Hermana mayor: “Ponte el cinturón de seguridad”.

Hermano menor: “¿Por qué?”

Hermana mayor: “Para que no te mueras”.

El niño no discutió ni preguntó qué significaba morir. Sorprendentemente, aceptó su respuesta tan contundente.

Hermano menor: “¿El avión está en el cielo?”

Hermana mayor: “Sí, ahora estamos en el cielo”.

Hermano menor: “¿Estamos en el cielo! ¿Nos quedaremos en el cielo?”

Un segundo después, cuando el avión alcanzó la altitud de crucero y el niño percibió que el movimiento ascendente del avión se estabilizaba, se quedó perplejo y preguntó: “Estamos bajando. ¿Por qué bajamos ahora?”

Cambio de tema por parte de la hermana mayor: “Estoy limpiando tu basura”.

Hermano menor: “¿Por qué?”

Hermana mayor: “Porque no está bien dejar la basura tirada por el suelo”.

Hermano menor: “Ok”, accediendo con una respuesta sencilla, cediendo a la lógica.

Cerré los ojos y me preparé para una espera de tres días hasta el aterrizaje final. Esta cantidad de horas de vuelo —subiendo, nivelándose, bajando— es la razón por la que la brisa matutina que se colaba por el triciclo motorizado era tan estimulante.

Además de explorar las viviendas comunitarias (*pols*) dentro de la ciudad amurallada de Ahmedabad, me desvié hacia el sureste, a Pavagadh, Champaner y Vadodara. Otro día, me dirigí al norte/noroeste, a los distritos de Mehsana y Patan.

Entre el calor, el polvo y los gases contaminantes del tráfico, el conductor utilizaba alternativamente el aire acondicionado exterior (ventanas bajadas, aire acondicionado apagado) y el aire acondicionado interior (frío constante, aunque negocié una reducción de la diferencia entre la temperatura exterior y la interior).

Después del mediodía, el día del circuito sur, viajé a las colinas de Pavagadh, en el distrito de Panchmahal, donde el templo de Pavagadh —con una altura de 762 metros (1800 escalones)— se alza coronando la cima de la colina desde hace más de mil años. Las condiciones meteorológicas pasaron de lluvia intensa a llovizna, lo que impidió ver el templo hasta la última etapa del ascenso. Mi pie derecho, adolorido por una distensión sufrida unos días antes, no parecía capaz de soportar la subida o la bajada, y mucho menos el viaje de ida y vuelta. Tomé la decisión de utilizar “la cuerda”. El teleférico, inaugurado en 1986, es relativamente nuevo para un templo que desde el siglo X es lugar de peregrinación.

Esperar en la cola para utilizar “la cuerda” fue una experiencia memorable. Allí, gracias a una joven pareja que estaba a mis espaldas, me tranquilicé al enterarme de que “la cuerda” no era una cuerda, sino un teleférico tirado por unos robustos cables que subían y bajaban por la ladera. El sistema había sido sometido a un mantenimiento rutinario a principios de semana.

La cola avanzaba con lentitud. Inmediatamente llegamos a la estación de embarque abordamos un teleférico de seis u ocho plazas que nos condujo a la única parada en la empinada pendiente. A partir de ahí, el resto del trayecto sólo se podía hacer a pie, en algunos tramos descalzo, por antiguos escalones de piedra. Los que hacían el trayecto en teleférico estábamos igualmente

expuestos a los elementos, pisando o, cuando era posible, sorteando charcos enlodados. La conversación—gran igualadora— ayudó a pasar el tiempo tanto a los peregrinos apasionados como a los ocasionales.

La pareja y sus padres que formaban la serpenteante fila resultaron ser de Madhya Pradesh, un estado en el centro de la India. Los recién casados, los padres del novio y los padres de la novia estaban haciendo juntos esta visita dominical al templo.

La familia y los suegros se mostraron muy abiertos a charlar con la extranjera que se encontraba entre ellos y me hicieron muchas preguntas. Se sintieron aún más a gusto cuando descubrieron que yo había visitado anteriormente muchos lugares y ciudades históricas de su estado natal.

El padre de la novia fue directo. “¿Por qué te has cortado el pelo así?”, me preguntó sin rodeos. En la interminable fila de devotos del templo, yo era la única mujer con un corte rapado de barbería.

“¿Por qué no?”, respondí con una sonrisa, y añadí: “¿Por qué te has cortado tú el pelo así?”

Afortunadamente, comprendió la ironía de mi pregunta y le pareció divertida y lógica. Repitió en hindi a su esposa su propia pregunta junto con mi pregunta-respuesta. Su esposa me indicó con gestos que no hablaba inglés. En vez de palabras intercambiamos sonrisas. Me mostró cómo saltar por una zona muy inundada, utilizando como pequeñas islas secas las partes superiores de cinco grandes piedras que sobresalían de la ruta inundada hacia el teleférico.

Cuando señalé a una cerda grande, con el hocico ocupado olfateando el barro, y a un burro que rebuscaba entre el barro, el estiércol y la basura en busca de

algo comestible en la orilla de un charco, al lado de la estación de teleférico, la madre de la novia me miró y dijo “*pig, donkey*”. Me sorprendió su dominio del vocabulario de granja en inglés, aunque no era capaz de construir una sola frase en ese idioma.

La familia y yo nos separamos al llegar a la plataforma de embarque del teleférico. Su grupo era lo suficientemente grande como para llenar dos vagones sin necesidad de compartir con desconocidos. Los encargados dividieron a los pasajeros por peso, manteniendo juntos a las familias y amigos en la medida de lo posible, pero reorganizando los asientos dentro del vagón, acorde al tamaño y al peso.

Dentro de mi teleférico, éramos seis cuellos torcidos, que trataban de distinguir los detalles del paisaje. Al bajar del teleférico, se intensificó la sensación de que conformábamos una peregrinación masiva. Antes de llegar al templo, ocultos entre las nubes y la niebla, había varios tramos de escalones de piedra desgastados por el tiempo y barridos por la lluvia. En uno de los rellanos, dejé mis sandalias empapadas y subí el resto descalza.

En todas las etapas de la subida sagrada, los visitantes dejaban sus zapatos. Algunos los dejaban al principio, 1800 escalones más abajo. Los estantes de zapatos a lo largo de la empinada subida estaban expuestos a la intemperie, por lo que cualquier calzado que se guardara allí volvería aún más mojado. Esta eventualidad dejó de importarme. El abrazo sagrado del enclave me empujaba hacia el último rellano, en lo alto de la última escalera, donde empezaban a distinguirse, aunque envueltas en la niebla, las columnas talladas y el exterior del templo dedicado a la diosa Kali Mata (Madre Oscura, Madre Divina).

Dentro, cerca del santuario interior, los peregrinos se propinaban empujones y empellones. Todos los visitantes querían ver a la poderosa diosa, cuya energía formaba parte de las bendiciones que otorgaba. Los niños pequeños eran cargados en hombros y los teléfonos móviles se levantaban a lo alto para hacer fotos desde todos los ángulos, con la esperanza de immortalizar a una Kali imperecedera.

Al salir del templo, la niebla comenzó a disiparse y la lluvia cesó unos segundos, lo que me permitió apreciar el diseño, la estructura y la estética del edificio. El intenso viento fue un alivio y, aunque estaba empapada, me sentí más ligera.

La siguiente oleada de cientos de visitantes subía los últimos escalones y avanzaba bajo la lluvia, dirigiéndose hacia el templo por el lado ascendente de la barandilla de seguridad. Algunos llevaban bebés en brazos o guiaban de la mano a niños pequeños.

Dos mujeres mayores, que no podían subir ni bajar por sí mismas, eran transportadas por equipos de porteadores que, con la ayuda de largas vigas de madera, las subían por los escalones del templo en camillas plegables de lona. La dificultad de su tarea, subir y bajar 3600 escalones resbaladizos por la lluvia, era inimaginable. Esperaba que ellos también recibieran las bendiciones de la diosa por su trabajo y su servicio.

Cuando la India llama... cuando Kali Mata llama, aunque no sea fácil adentrarse en estos primordiales campos de energía, se regresa al mundo con una renovada ligereza espiritual.

Tíguere

Cuando se pasa un ovillo de lana de una persona a otra, desenredando solo unos trozos cada vez, no tardan en formarse nudos, en engancharse los hilos y en enredarse. Tal es el destino de quienes se mueven contra los elementos, renunciando a la responsabilidad personal, hasta que el tirón y el impulso son tan fuertes que el “qué pasaría si” se convierte en una lección que debió aprenderse antes.

La lluvia cae y golpea intermitentemente durante semanas. Las señales de que el drenaje no aguantará están por doquier: desde la pirámide de envases de poliestireno de comida para llevar, hasta las tazas de café de cartón en la basura, las tablas mal cortadas, las botellas de cerveza esparcidas y los restos de la mezcla de cemento.

Normalmente, el sonido de un poderoso aguacero contra el techo de mi terraza me resulta estimulante. Cuando el viento es fuerte y hace que la lluvia azote con intensidad el zinc, a veces me preocupa que la cubierta no aguante y se vuele, dejándolo todo al descubierto.

Esta vez es diferente. La lluvia intensa no da tregua. El agua se acumula en charcos alrededor del edificio. Al final se unen y aumentan el caudal. El sol no está para secar los charcos de la lluvia nocturna.

Aunque todavía es de noche, me despierto mucho antes del amanecer. Tengo la inquietante sensación de que el silencio entre los aguaceros tiene algún significado. Salgo a la terraza, me asomo por la barandilla que

da a un tramo y medio de escaleras, y distingo reflejos y movimientos en el agua... donde debería haber tierra.

Vuelvo a la cama, no para dormir, sino para reflexionar. ¿Y si...? ¿Y si la profundidad del agua significa que no puedo salir de mi apartamento, ya que el agua llega hasta donde deberían estar los últimos escalones? ¿Y si no puedo reponer mi frigorífico, que ya está casi vacío, con algunos productos básicos para garantizar las próximas comidas? ¿Y si no puedo ir a trabajar?

Las respuestas no tardan en llegar. Las nubes de lluvia siguen formándose y descargando su contenido. Los truenos y los relámpagos intercambian roles. Al ver la luz gris que visita el borde de la terraza, confirmo mis sospechas. No podré moverme de donde estoy.

Un vecino —perteneciente al asentamiento ubicado a la derecha de mi edificio—camina con lentitud por las aguas oscuras que le llegan por encima de las rodillas en dirección a una puerta de madera con listones. Un silencio inquietante se apodera de la vida entre las aguas mansas. Las casas de estos vecinos son más vulnerables, más precarias. Tal vez no pueda salir de mi apartamento, pero dentro estoy seca. No ha entrado agua por el techo ni por las paredes ni por el suelo. Un juego mental de relatividad reajusta mi perspectiva. Normalmente, intento no mirar demasiado estas casas porque no quiero que nadie se sienta cohibido o juzgado. Hoy es diferente. El agua nos conecta.

Trabajo remoto durante dos días, alimentándome de avena con agua (almuerzo) y verduras y plátanos (cena). Mi único condimento es una cebolla morada cruda, la mitad una noche y la otra mitad al día siguiente.

El tercer día, el sol aparece a primera hora de la mañana. Se ven muchas nubes formándose en la distancia,

pero aún no están sobre nosotros. Sé lo suficiente como para entender que esta es mi oportunidad. Algunas personas ya han empezado a caminar por las aguas para hacer sus cosas. Me preparo mentalmente para hacer lo mismo.

La luz del sol ilumina el fondo del agua acumulada, lo que significa que puedo dar cada paso con cuidado. Mis pies están enchumbados por el agua que llena mis chanclas. No tengo otro calzado lógico para esta cantidad de agua. Desde arriba, ya había visto una rana muerta hinchada boca arriba. Imagino todo lo demás que me acompaña en el agua. Doy un pasito y otro más, concentrada.

Finalmente, al llegar a la orilla enlodada, la tensión y la incomodidad se rompen, y puede comenzar el desentrañamiento. Esto no es solo la fuerza de la naturaleza. Es el resultado de la imprudencia humana.

Estoy en el lado seco, pero otros siguen chapoteando en sus casas inundadas u ocupados en mantener a los niños pequeños alejados de los escalones que están sumergidos.

El drenaje de la zona es nulo. Aunque acaba de aparecer en escena un equipo de dos hombres (tres días después de la inundación), que se han metido en el agua con botas de goma y han encendido una bomba, no se ve ningún tubo que salga de la zona afectada. Es una tarea de Sísifo, inútil en el mejor de los casos, absurda a primera vista. Dos hombres, una pequeña bomba y tres pantanos aislados llenos de basura unidos en uno solo.

Mi plan de eficiencia consiste en realizar cuatro recados antes de que vuelva a llover y el agua siga subiendo. Lo primero de la lista es conseguir comida.

A un par de cuadras de mi casa hay una tienda familiar que suele tener un surtido limitado, aunque predecible, de verduras frescas y víveres. Debido al mal tiempo, los camiones que suministran productos locales no han podido hacer sus rondas y la oferta es escasa. Compro lo suficiente —una cantidad excesiva de papas—, basándome en un menú sencillo, para que me dure unos días. Otros vecinos se detienen para hacer pequeñas compras o simplemente para pasar el rato. Muchos hacen sus compras basándose en un sistema de honor y crédito.

Al salir de la tienda, un joven con pinta de chico malo me mira de arriba abajo. Todos los clientes vuelven la vista.

“¿Buscas un tíguere?”, me pregunta.

Apenas he vuelto a la vida después de las inundaciones y este tipo se me insinúa en un breve momento de sol.

“La verdad es que no”, respondo con brutal pero bienintencionada honestidad. Esto sólo consigue animarlo aún más.

“¿Un paseo en moto?”, pregunta, indicándome con un gesto que me suba detrás de él.

“No”, reafirmo.

A estas alturas, tanto los que están dentro como fuera de la tienda están en vilo, preguntándose qué hará el joven a continuación, qué haré yo y quién será más listo que el otro.

“¿Un masaje?”, propone.

“Ni un masaje. ¡Aunque sería todo un lujo!”, digo, incrédula de que su autoestima sea tan fuerte. Entonces me echo a reír sin control, indicando a los que esperan a que termine el duelo que yo he ganado, liberándome

del estrés de la lluvia interminable, las inundaciones en todas las calles y la convergencia continua de sistemas tormentosos. Al ponerlo en evidencia y dismantelar su fachada machista, ha sufrido un leve menosprecio público.

Salgo y me dirijo hacia el cruce, pensando en mi próxima tarea. Justo cuando creo que estoy a salvo de sus garras, el tíguere se acerca en su motor, reduce la velocidad y lo intenta una vez más.

“¿Quieres que te lleve gratis?”

Le dedico una sonrisa.

Él está feliz. Dos sonrisas ganadas. Quizás, después de todo, él ganó. Se aleja, un tíguere de verdad.

Mensajes en mi pantalla

En memoria de Anne Ravin Troum

Un día, sin esperarlo, recibí un mensaje de WhatsApp suyo. A modo de explicación, su texto indicaba que “quería formar parte de la conversación”, una adorable confesión de una mujer de más de noventa años que dio lugar a otros mensajes que aparecieron inesperadamente en mi pantalla.

Era difícil distinguir quién era la mentora y quién la discípula en mi relación con la tía Anne, que sólo comenzó a desarrollarse y florecer cuando mi madre encontró su equilibrio como mujer divorciada e independiente, redefiniendo sus propios gustos y su ritmo de vida. Fue ella quien volvió a conectar con Anne, su antigua cuñada por matrimonio con el hermano de mi padre. Gracias a los esfuerzos de reconexión de mi madre, hice lo mismo.

En aquella época, yo era una hija apartada del hogar. Al cabo de un tiempo, me fui del país y luego del continente. Paradójicamente, fue entonces cuando también comencé una activa correspondencia con Anne. Todo empezó con mis textos, que eran su ventana a mi mundo y mi descubrimiento del suyo. Su curiosidad intelectual siempre había sido muy aguda. Toda esa parte de la familia estaba llena de personas de talento extraordinario: dotados musicalmente (una con doctorado), abogados especializados; conocedores del ajedrez, del teatro, del vino y del jazz.

En Anne vi cualidades que admiraba enormemente. Tenía la fuerza para superar un divorcio difícil, un tabú en aquella época y un acontecimiento vital del que mi abuela sólo hablaba en voz baja. Con el tiempo, se convirtió en algo habitual y arraigó profundamente en la familia, dividiendo en dos actos la vida de su hijo menor y la de otros. Anne sobrevivió a la pérdida de su

primogénito de 21 años, un hijo que, según todos los indicios, estaba destinado a seguir distinguiéndose, gracias a su inminente servicio militar (Reserva Naval) y a sus estudios de Derecho. Al menos en apariencia, salió adelante y logró reinventarse como divorciada, esposa vuelta a casar y viuda.

A pesar de todo, Anne siguió siendo perspicaz, atenta, elegante y con gran sentido de la política y amor por las artes. Devolvió mucho a tres generaciones: a sus hijos, a los hijos de sus hijos y a los hijos de los hijos de sus hijos. Ella y yo no sabíamos cómo llamarnos, con todas las rupturas, divorcios y nuevos matrimonios que se interpusieron, pero decidimos llamarnos “tía” y “sobrina” para simplificar las cosas cuando hablábamos de nosotras ante otras personas. Cara a cara, éramos simplemente Anne y Judith.

Anne hacía alarde de su individualismo y lucidez. Solo una vez se quedó dormida sobre el teclado, delante de mí y la cámara, en plena conversación. Fue una señal de los cambios que se avecinaban. Gran defensora de mi estilo de vida, ella me ofreció su apoyo incondicional ante cualquier giro inusual que tomara mi vida. Hubo muchos, entre ellos el descubrimiento de que mi exmarido tenía varios hijos, concebidos con otras mujeres durante nuestro matrimonio, y mi posterior divorcio surrealista. Menuda coherencia en medio de tanta locura. Yo también estaba buscando mi camino.

En los últimos dos años, a medida que la movilidad de Anne se vio limitada, se mudó de su casa para tener más ayuda práctica y cercana. Esto supuso un sacrificio de su total independencia. En este nuevo contexto, intenté sincronizar nuestras horas de vigilia para poder hablar a pesar de la diferencia horaria de nueve horas y

media, mientras compaginaba las responsabilidades de un puesto de alto nivel en la India.

Cuando pasé por Nueva Jersey en el verano de 2023, visité a Anne en Winchester Gardens, Maplewood. La encontré sentada fuera, con aspecto alegre, junto al césped, durante la hora dorada que precede al atardecer. Llevaba sus características y atrevidas joyas de plata—cada una de ellas una pieza única digna de coleccionar—, y unos pantalones palazzo con estampados complejos. Conservaba su estilo personal y su voluntad de aprender.

Hablé con ella sobre cómo acceder a varias plataformas de redes sociales que me ayudarían a localizarla, ya que mis residencias seguían cambiando por todo el mundo. No dejó entrever que tuviera un plan en mente. O bien alguien de la familia le ayudó a conectarse al mundo digital, o bien una auxiliar de enfermería, con mucha amabilidad y tiempo libre, le echó una mano.

Un día, sin esperarlo, recibí un mensaje de WhatsApp suyo. A modo de explicación, su texto indicaba que “quería formar parte de la conversación”, una adorable confesión de una mujer de más de noventa años que dio lugar a otros mensajes que aparecieron inesperadamente en mi pantalla desde varias plataformas y dispositivos: WhatsApp, en mis dos números de móvil específicos de cada país, mi computadora portátil a través de FaceTime y el correo electrónico en todos los dispositivos. A veces no recordaba dónde había detectado la vista previa del mensaje flotante de “Anne Troum”. Siempre le respondía en un día o dos. Dada su avanzada edad, no podía dar por sentado el tiempo.

Anne y yo hablamos por teléfono a principios de noviembre de 2024. Me dijo que había votado en las

elecciones presidenciales del 5 de noviembre, a pesar de encontrarse mal ese día. Para ella era importante cumplir con su deber cívico, como había hecho toda su vida desde que alcanzó la edad de votar. Le dije que yo sentía lo mismo y que había votado a finales de septiembre mediante voto por correo, que envié a Estados Unidos desde el extranjero a través de valija diplomática.

Hablamos de nuestros planes para el Día de Acción de Gracias. No podía comprometerse a reunirse con su familia en Nueva Jersey para la comida. ¿Y si de repente se sentía mal o necesitaba acostarse en su cama? ¿Y si volvía el malestar?, se preguntaba en voz alta. Le sugerí que otros residentes de Winchester Gardens podrían sentirse igualmente indecisos a la hora de salir del recinto, pero que quizá les gustaría compartir la mesa y la comida tradicional. Le informé de que pasaría el Día de Acción de Gracias en el sur de Florida con mi hermana, mi cuñado, mis sobrinas, mi sobrino y sus respectivos cónyuges/parejas —mi primera cena de Acción de Gracias en familia en tres décadas.

El domingo después del Día de Acción de Gracias apenas logré subir a mi vuelo de regreso a la República Dominicana. No pude llamar a Anne desde el aeropuerto de Miami. Durante tres horas, el agente de la aerolínea se negó a darme permiso para abordar el avión. Cuando el gobierno dominicano dio luz verde para que me emitieran la tarjeta de embarque, mi único objetivo era pasar por inmigración, seguridad y llegar a la puerta de embarque a tiempo. Llegué veinte minutos antes del embarque y volví a respirar una vez que me senté en el avión.

Al entrar a mi apartamento en la República Dominicana, un mensaje de Anne apareció en la pantalla

de mi computadora portátil. No lo había visto durante mi breve estancia en Florida. “Pensando en ti”, era todo lo que decía. Lo envió el día de Acción de Gracias, el 28 de noviembre, a las 9:44 p.m., una hora en la que no pensé que estaría despierta. Ya dos veces, durante nuestra conversación anterior ese mismo mes, había exclamado: “¿Puedes creer que voy a cumplir 98 años en marzo?” ¿Había algún mensaje urgente en este último intercambio?

“Feliz Día de Acción de Gracias, Anne. Hemos conseguido reunir a toda la familia”, le respondí por correo electrónico al día siguiente, adjuntando una foto como prueba. El retrato familiar fue tomado en el exterior, previo a la cena, con un fondo de palmeras envueltas en pequeñas luces blancas.

Mis intentos posteriores por contactar con Anne se encontraron con un mensaje grabado. No apareció ningún mensaje nuevo de ella en mi pantalla.

Hoy, 15 de diciembre, Anne ha cruzado al otro lado. Envejeció con dignidad, apoyando a las nuevas generaciones, y tuvo sus prioridades claras hasta el final. Ojalá todos podamos hacer lo mismo, sin importar los cambios históricos, los acontecimientos mundiales y los retos personales que nos deparan este siglo.

El pescador y yo hablamos más detenidamente sobre su captura matutina. Me cuenta que solía devolver al agua estos peces negros y con cresta que se retorcían. Eso era antes de que su vecino le dijera que podía venderlos y que la gente pagaba un buen precio por ellos.

Pez gato

En la quietud de la madrugada, ni los insectos ni los pájaros han comenzado a moverse. A medida que cruzo los senderos, solo los perros ladran, defendiendo su territorio e impidiendo el paso. Un vecino amarra a su perro para permitirme atravesar su propiedad y recorrer el último tramo que me separa de los remansos. El camino embarrado bordea la laguna y conduce a una estrecha pasarela de madera de unos seis metros de largo que cruza el agua en su punto más estrecho.

El perro de esa propiedad, con un pelaje de manchas blancas y negras, se siente cómodo con mi presencia; me sigue, moviendo la cola, luego toma la delantera y cruza el puente, sin ladrar, respetando la calma de la mañana.

Diviso una agitación lenta en la distancia, en las aguas estancadas de la laguna. Una película negra opaca sobre la superficie salobre no me permite apreciar si hay vida biológica en el interior ni cuál es la profundidad del agua.

A medida que la agitación se aproxima, distingo la delgada figura de un hombre sumergido hasta la cintura en el agua de la laguna, cargando un saco de arroz de forma irregular. Se dirige hacia una abertura en la alambrada rota, se desliza por debajo, empuja su pequeña embarcación de espuma, lanza el saco de yute de tamaño mediano a un terraplén cubierto de hierba cercano y saca la embarcación sin timón del agua.

Ahora estamos a poca distancia el uno del otro. Sin necesidad de que lo cuestione, me revela que tiene nueve peces en el saco. Se dirige al terraplén y saca uno para que lo examine.

“¿Ves?” Me muestra un pez oscuro y plano que se retuerce.

“Mi vecino me dice que se llama *pez gato* y que se vende muy bien en el mercado”.

El pez apenas supera el tamaño de una mano adulta y no se parece a ningún bagre que haya visto nunca, ni en vivo ni en fotos, pero mi experiencia es limitada y solo he comido bagre una vez. Nunca he vivido en aguas estancadas ni he tenido una dieta basada en peces de fondo.

“Sí, conozco ese pez”, es todo lo que puedo decir para animarlo.

Desde donde el pescador de la laguna y yo estamos, se alcanza a ver un caballo de color marrón claro junto a un garaje, moviendo la cola, indiferente a nuestra presencia. No se ve por ningún lado al dueño del garaje y de los campos verdes que lo rodean.

El pescador y yo hablamos más detenidamente sobre su captura matutina. Me cuenta que solía devolver al agua estos peces negros y con cresta que se retorcián. Eso era antes de que su vecino le dijera que podía venderlos y que la gente pagaba un buen precio por ellos. Con ese comentario, entiendo que ha dejado que otros los prueben. Mientras estén dispuestos a comprar el pescado, él está dispuesto a venderlo.

Nos despedimos poco después de esta explicación. Entonces se da la vuelta y me llama.

“¡Oye! Hoy es mi cumpleaños”.

“¿Cuántos años vas a cumplir?”, le pregunto, ya que parece tener entre 35 y 60.

Él piensa en la respuesta, hace algunos cálculos mentales y luego anuncia: “42”.

Le felicito y le deseo que venda todo el contenido del saco.

“Que vendas los nueve bagres y regreses con los bolsillos llenos de dinero y el saco vacío”.

Sonríe y con una cuerda arrastra lentamente su barca de fibra de vidrio hacia donde está el caballo, cargando el saco de arroz sobre el hombro y esperando en que podrá cumplir mis mejores deseos de cumpleaños.

Mientras tanto, la hija ha tardado tres cuartos de día en confiar en mí, sin responder a ninguna de mis preguntas con palabras. Una vez finalizado el trámite oficial y la entrevista, aprovecho para preguntarle cómo se siente. En su familia de diez miembros, solo ella y su hermana saben leer y escribir. La hija consigue dejarme entrar en su círculo y responde con una sola palabra.

Una hora más

Un chofer y yo salimos rumbo hacia la capital provincial de Puerto Plata desde la organización sin fines de lucro, situada en Cabarete, donde trabajamos. Salimos tan pronto como nos lo permite el horario laboral para evitar hacer horas extras y recogemos a tres pasajeros según lo programado: un padre, una madre y su hija preadolescente. Avanzamos con lentitud debido al pesado tráfico en ambos sentidos y a las calles estrechas, vueltas aún más estrechas por los vehículos aparcados ilegalmente y por los que se detienen a descargar pasajeros temporalmente, como el nuestro. El punto de destino en Puerto Plata se encuentra en una esquina frente a la Oficina del Registro Civil.

Cuando llegamos al Registro Civil, las operaciones autorizadas están en pleno auge. Seis filas de bancos metálicos conectados entre sí bullen de conversaciones y movimiento. La multitud ha tenido dos horas para llegar y ocupar el 98% de los asientos disponibles. Unas cincuenta personas sostienen los tiques que han sacado de una máquina en la sala de espera, lo que garantiza la transparencia en el cumplimiento del orden de llegada acorde al servicio prestado.

Pido a una pareja joven que se desplace un asiento a la izquierda para que la familia de tres y yo podamos ocupar los asientos. La hija de doce años es muy delgada. Ella y yo cabemos sin dificultad en el espacio de un solo asiento. Aprovecho la oportunidad para estrechar lazos con la familia, comprobando que tienen todos

los documentos originales que les indiqué por teléfono, dejé como recordatorio en un mensaje de voz dos días antes, reiteré esta mañana desde la puerta entreabierta de la furgoneta y comprobé el día anterior en un intercambio de fotos de los documentos por WhatsApp.

Vuelvo a examinar todos los originales, en particular el certificado de bautismo reemitido por la Iglesia Católica, después de que se descubriera que la versión firmada y sellada inicialmente incluía un grave error ortográfico en el nombre de la hija. Como ninguno de los padres sabe leer, el error pasó desapercibido hasta que recibí una foto del documento y detecté la discrepancia.

Su hija, de doce años y a punto de cumplir trece, es la razón por la que estamos esperando nuestro turno en el Registro Civil. Es la única de ocho hermanos cuyo nacimiento no ha sido inscrito en el registro. Por alguna razón, los años pasaron y otras prioridades acapararon los esfuerzos y la atención de la familia.

La legislación dominicana actual permite el registro legal del nacimiento en un plazo de 180 días a partir del nacimiento. También establece un proceso para el registro tardío de los nacimientos. Cuanto más se espera, más complejo puede resultar dicho registro. Las personas claves para la declaración pueden fallecer o perder interés en afirmar los lazos familiares. Los documentos se pierden en inundaciones o quedan atrapados en los caprichos burocráticos de décadas atrás. Algunos papeles se vuelven frágiles e ilegibles por estar doblados una y otra vez por las mismas líneas. A pesar de todo, las familias indocumentadas se las arreglan como pueden. En la República Dominicana, una cultura generalizada de indocumentación ha alimentado ciclos de vulnerabilidad intergeneracional. Mientras tanto, sin una identidad legal predominan los apodos.

Para establecer el nacimiento, la identidad y la ciudadanía por el proceso formal de una declaración “fuera de plazo” más adelante en la vida, el caso se construye a partir de un rompecabezas de registros hospitalarios, testimonios de nacimientos en el hogar, registros de vacunación y escolares, documentos nacionales de identidad, pasaportes, tarjetas de residencia para migrantes, certificados de defunción, registros de entierro, certificados de matrimonio o divorcio y cualquier otro documento que pueda ser necesario, además de una entrevista con la autoridad competente.

La familia a la que acompaño en el proceso de declaración y registro de nacimiento es la tercera en el sistema de tiques digitalizados para su categoría de servicio. Es necesario entrevistar a la familia, luego esperar. Con tiempo de sobra, observo la variedad de personas que hay en la sala de espera.

El código de vestimenta es muy variado, siendo la boda el evento más espectacular. Una mujer con pantalones de color rosa claro y un top a juego tiene todas las curvas y protuberancias de su figura acentuadas. Otra que parece ser la madre o la tía luce un vestido negro ajustado, sin mangas y con tirantes, con un grueso tirante “transparente” visible en el hombro que evita que se le caiga el pecho. Otra más joven (sobrina, hija o prima, supongo) lleva un vestido largo brillante, azul ahumado, con una desafiante abertura que le divide la pierna y una fina trenza que le llega hasta la parte superior del muslo y que se coloca delante y a un lado como parte de su llamativo atuendo. La novia llega una hora tarde a su boda, sin que ello empañe en absoluto el ambiente jovial de los que esperan para la foto de grupo ni el deseo de los invitados de capturar en imágenes fijas

y en movimiento una ceremonia civil que terminará en cuestión de minutos.

Entre los que esperan pacientemente se encuentra un joven con una camiseta de heavy metal en la que se lee “Elige a tu salvador” con letras que parecen manchadas de sangre. Como para respaldar este mensaje, la camiseta de otro joven quien busca un asiento libre advierte: “El cielo te espera”. Solo dos camisetas (en inglés) me proporcionan un alivio momentáneo: “*Exhale*” (Exhala) y “*Better Days Ahead*” (Días mejores por venir). Dado que la ropa de segunda mano y casi nueva es habitual en esta zona, es posible que estas dos prendas sean vestigios, en concepto y diseño, de la época de la COVID, cuando este tipo de reafirmaciones eran bienvenidas.

Una familia de tres miembros mantiene una animada conversación en lenguaje de señas. En letras blancas sobre fondo negro, la camiseta de algodón de la hija adulta reza “*Normal People Scare Me*” (La gente normal me da miedo). Es alta y de estructura ósea fuerte. Su interlocutor podría ser fácilmente su hermano, por su complexión y aspecto similares. Los dos salen, sin dejar de hacer gestos, y vuelven a entrar una hora más tarde. En un lugar público como este, donde el guardia debe recordar periódicamente a la multitud que guarde silencio, su charla silenciosa a tres bandas es la excepción.

Un treintañero barrigón transmite su mensaje con una tipografía sutil que permite al lector captar una afirmación no tan sutil. En blanco sobre negro, su camiseta dice “Odio a la gente”, aunque es extraordinariamente amable y bromea constantemente con una mujer sólida como una roca que le mete la mano en el bolsillo delantero de sus bermudas, buscando su billetera. Él se ríe,

sin ceder a su búsqueda ni detenerla. Quizás no odia a toda la gente.

Cuando llaman nuestro número, pasamos a una oficina interior donde la funcionaria se encargará del caso de la familia. Una pareja espera la autorización para salir. Otra mujer entra y sale a su antojo. La funcionaria está haciendo varias cosas a la vez. Supongo que la persona con la que habla por el altavoz de su celular no sabe que un ecléctico grupo de siete desconocidos está al tanto de su conversación.

La funcionaria receta a la voz femenina del altavoz (y a la persona que no vemos) una poción mágica de berros y leche como expectorante para la flema acumulada. Señala que el médico de la persona seguramente le recetará antibióticos para la bronquitis, pero que eso no debe impedir que tome el remedio natural que le ha indicado por teléfono, varias veces al día sin falta. Menciona de pasada otro remedio para vaciar todo el sistema de la mujer, lo cual me parece drástico, no específico para el caso ni aclara si lo bueno se eliminará junto con lo malo.

Todos esperamos pacientemente a que termine el intercambio sobre dolencias personales y remedios, compartiendo un interés predominante por el procedimiento oficial. La funcionaria se despide de las dos personas sentadas en los sillones tapizados de respaldo alto más cercanos a su escritorio. Es buena en su trabajo y sabe cómo hacer que la gente se sienta cómoda, invitando a mi grupo a sentarse en los mismos sillones junto a su escritorio, ir al baño si lo necesitan y la oportunidad de estirar las piernas si gustan. Cuando inicia la conversación y hace hincapié en preguntas puntiagudas, sus interlocutores se sorprenden, como si los descubrieran

con la guardia baja, por lo que no les queda de otra que sincerarse. Tanto si hablan como si no, su lenguaje corporal envía señales adicionales que la funcionaria capta y retoma en el momento oportuno de la entrevista. Sabe que a veces las verdades incómodas salen a la luz en medio de una contradicción de hechos.

“¿Y qué hay de estos dos nacimientos con cinco días de diferencia?”, pregunta.

La esposa/madre señala con el dedo índice a su pareja. No tiene palabras para expresar lo que siente.

“Es un lío”, espeta el marido/padre con naturalidad.

Pienso en lo doloroso que debe ser dar a luz a pocos días de otra mujer fecundada por el mismo hombre. La hija pequeña está presente todo el tiempo.

Como para evitar que todos sigan agonizando por lo indecible, la funcionaria rompe la tensión diciendo: “¡Nadie queda embarazada y da a luz en el mismo período de cinco días!”

Cuando por fin termina la entrevista, la familia pasa a la toma de datos biométricos, esperando su turno para las huellas dactilares, las fotos y la firma. Compruebo que todos los datos introducidos son correctos y firmo como testigo oficial.

Mientras tanto, la hija ha tardado tres cuartos de día en confiar en mí, sin responder a ninguna de mis preguntas con palabras. Una vez finalizado el trámite oficial y la entrevista, aprovecho para preguntarle cómo se siente. En su familia de diez miembros, solo ella y su hermana saben leer y escribir. La hija consigue dejarme entrar en su círculo y responde con una sola palabra.

“Feliz”, admite.

Veo en su rostro un rubor de emoción y en sus ojos llorosos se nota que está más que feliz. Así que le doy

la mano. Me dirijo a ella por su nombre completo y formal, que pronto verá impreso, por primera vez, en el documento de identidad más oficial que ha tenido en sus manos.

“Que te sientas feliz es más que suficiente”, le aseguro.

A las cinco horas que toma el proceso le han añadido una hora más para expedir el recibo que en el futuro les permitirá recuperar el registro oficial de nacimiento tardío. Ambos padres se ponen repentinamente nerviosos e impacientes, preguntando si deben quedarse.

“Han esperado doce años para inscribir a su hija”, les señala el funcionario de biometría. “¿Qué es una hora más?”



Yuxtaposición inoportuna

El único vehículo de cuatro ruedas que a esa hora visita la calle es el camión repartidor de pollos, abierto en la parte trasera y cargado hasta tres pisos de altura con jaulas de plástico donde las cabezas de cresta roja sacan sus fosas nasales para tomar aire (o por temor).

Una nueva turista que visita “la zona” hace notar su presencia en el barrio y se hace oír. Lleva vestidos largos de colores vivos y estampados llamativos que le llegan hasta la mitad de la pantorrilla y tienen forma de pañuelo. Su voz se oye desde la calle hasta la estrecha franja de balcón donde está mi tendedero. Está hablando con varios perros callejeros. Muestra favoritismo hacia los tres que tienen su territorio próximo al acceso del edificio de apartamentos donde resido. Estos tres son los menos propensos a ladrar o moverse. Generalmente, se tumban apáticos, sarnosos, contentos de que los dejen solos en su zanja favorita de la carretera para absorber el frescor de la noche o las primeras horas del amanecer, antes de que el arco del sol clave una cuña de calor en el asfalto.

“¡Hola, señorita Rubia!”, saluda alegremente a uno de los perros, en un español con fuerte acento y salpicado de inglés americano.

Son aproximadamente las nueve de la mañana del sábado. Aún no han empezado los juegos de dominó. Los desplumadores de pollos llevan horas en su labor: sacan los cuerpos pelados de las aves de enormes calderos metálicos, lo meten en cubos de plástico blanco y se los pasan así al carnicero que aguarda al otro lado de la calle.

Todos los días, como un reloj, gatos, perros y un cordero esperan su turno para disputarse las sobras. Los felinos son los primeros en elegir. La turista no

presencia esta escena previa al amanecer, momento en que la calle de una sola cuadra experimenta un intenso ajetreo hiper localizado. Aunque el tráfico es escaso —unos cuantos peatones y motocicletas—, hay tanto trañín que es imposible que dos carros pasen al mismo tiempo en sentido contrario.

El único vehículo de cuatro ruedas que a esa hora visita la calle es el camión repartidor de pollos, abierto en la parte trasera y cargado hasta tres pisos de altura con jaulas de plástico donde las cabezas de cresta roja sacan sus fosas nasales para tomar aire (o por temor).

Cuando los padres y hermanos utilizan la calleja para acompañar a los niños más pequeños al parvulario o a la escuela primaria, el camión y sus gases plumosos ya se han ido. A su paso quedan charcos rojos y picantes que flotan en las cunetas laterales, llenando nuestras fosas nasales con lo que queda de los gallos que perdieron la vida para que otros se ganaran el sustento.

A la estadounidense con el vestido sin forma la vi por primera vez cinco días atrás, en la transición entre el final de la semana y el comienzo del fin de semana.

Las vociferaciones son habituales y se extienden a lo largo de todo el Callejón de la Loma, a una cuadra de mi casa y una calle principal que bordea los barrios más antiguos de Cabarete. En cualquiera de las calles que se bifurcan, por muy anónimas o cortas que sean, los intercambios acalorados y el estruendo de la música suelen ser habituales. La gente conversa con otras personas en tonos muy animados.

La visitante, con su vestido rojo y blanco, sin embargo, habla en voz alta con los perros. Aunque quizá no sea consciente de ello, al empujar los platos llenos de comida en dirección a los perros y sonreír a todos

los que pasan como diciendo “mírame qué vecina tan consciente soy”, está armando un escándalo.

“Hola”, me dice en inglés, buscando establecer una relación con alguien, ya que los demás la ignoran educadamente. No todos en mi vecindario cuentan con tres comidas al día. Me refiero a los humanos.

Le devuelvo el saludo con un “hola” distraído, con la mente en otra parte, en una desafortunada e inoportuna yuxtaposición de circunstancias.

Justo esa mañana, consigo charlar finalmente con una vecina de la comunidad a la que últimamente veo caminando sin rumbo fijo por la calle principal del barrio. Cualquiera otro día la encontraría detrás del mostrador de su tienda de la esquina, atendiendo a los clientes que llegan de forma irregular, entrando en el atardecer con huevos cocidos colocados cuidadosamente para la venta en una cesta de plástico que equilibra sobre su cabeza, llevando un servicio en bicicleta o cuidando de sus hijos pequeños dentro de la tienda.

Esta semana es diferente. Los siete días, desde la mañana hasta la noche, la puerta de la tienda estuvo cerrada. En letras irregulares pintadas a mano, los diez artículos principales a la venta están escritos de forma vertical en la puerta. Esta semana no hay posibilidad de que me acerque sigilosamente para saludar, como suelo hacer, a quienquiera que esté cuidando temporalmente del pequeño negocio mientras la madre, dueña de la tienda, está fuera por un merecido instante. Esta madre, normalmente emprendedora, ha perdido el timón. Sus hijos ya no están acurrucados juntos en el pequeño trozo de tela colocado en el suelo para ellos.

Estoy preocupada por ella y se lo digo. También me preocupan sus hijos, pero eso me lo guardo para mí.

¿Quién los cuida ahora o les da de comer? Recuerdo haber visto a los dos niños solos a principios de semana, caminando de la mano hacia la calle principal.

Después de expresarle mi preocupación, saco de una bolsa de tela una prenda de mujer y se la acerco, fijándome en que es alta y delgada, como yo.

“Tú y yo tenemos sin duda la misma talla”, le digo mientras se le paso para que la examine.

Mi comentario le arranca la primera sonrisa de la conversación. Me abraza espontáneamente. El abrazo me acompaña todo el día. Alegría en la tristeza. Me confirma que su tienda lleva cerrada una semana. Se las arregla con el dinero que le da la gente: diez pesos aquí y allá, dice. Con diez pesos se puede comprar un plátano mediano o una esponja de fregar del grosor de una oblea. No da para mantener a una familia de tres.

Cuando la extranjera, extasiada por dar de comer a los perros callejeros al borde de la carretera, se molesta por mi simple “hola” en respuesta, estos son los pensamientos que me vienen a la mente. Esos y la confesión, horas antes, de un estudiante que pasa hambre casi todos los días y le cuesta concentrarse en clase. No puede contar con su madre para darle de comer, explica.

Mi mente se paraliza. Sé que los perros se las arreglarán para sobrevivir con restos de pollo y seguirán holgazaneando en su letargo, como siempre, en el mismo bache fresco. Soy menos optimista sobre los niños y el abandono de los adultos respecto a sus necesidades básicas. Sería más útil alzar la voz por ellos.

Puntos poco comunes en común

El mural de un joven ocupa toda la pared de un callejón lateral. Intuyo que es un homenaje tanto a su imagen como a la plenitud de una juventud incumplida: el flow callejero en su modo de vestir y su rostro pintado desprovisto de arrugas o líneas que graben en él la experiencia de lo que podría haber sido. Una vida truncada, demasiado corta para que se manifestaran los factores estresantes del entorno. La figura, de un piso de altura, se erige a poca distancia de un centro correccional para menores.

Un vecino nota mi interés por el arte urbano y pregunta si puede ayudarme en algo. Le pregunto sobre el origen de la obra y a quién representa. Me cuenta que el retrato es de un amigo suyo, cuya vida terminó hace ocho semanas. Tenía 18 años. A diario, cuando la mira, la imagen le recuerda a su pana ausente y a su propia pérdida personal. El retrato conmemorativo se eleva, alcanzando la altura de otros edificios de la misma calle, donde su familia tiene varias propiedades. El lugar es un recordatorio intencionado de que la muerte llega de un modo inesperado.

Le expreso mis condolencias y mi agradecimiento por el gesto de la comunidad en memoria de su amigo. La visión del mural y su dimensión impactante me hizo retroceder. Entré al callejón antes de una cita programada con adolescentes en conflicto con la ley. La desviación me permitió hacer un balance del vecindario y la capacidad de revelar puntos poco comunes en común.

* * *

A cambio de una propina y cuando le viene bien —según su horario irregular—, un miembro de la comunidad, un cuarentón musculoso, suele subirme un botellón de agua de veinte litros por dos tramos de escaleras hasta dejarlo frente a la puerta de mi apartamento. Doy gracias por la resistencia de los músculos de sus brazos y por su disposición a ayudar. Su fuerza hace lo que la mía no puede. Excepto cuando una borrachera lo hace desaparecer, mi vecino se sitúa en la parte intacta de la acera rota, en un tramo predecible de la calle donde la sombra de la tarde cubre también el lado opuesto en esos momentos en que el sol sigue su arco más allá del mediodía. Cada vez que nos cruzamos, lo saludo por su nombre.

Esta mañana, S elige el lado de la calle que ofrece sombra. Aún es temprano. Lo encuentro sentado en una silla de plástico, con una licuadora en equilibrio sobre las rodillas. No hay ningún cartel de “se vende”, pero es obvio que esa es su intención. Es a la vez escaparate, anuncio y representante de atención al cliente.

Dos meses después, S se aleja aún más de la acera, ganando espacio para exponer sus productos. La venta de la batidora debió haber sido un éxito. Ahora tiene tres inodoros blancos a su derecha, seguidos de una hilera de depósitos de agua de cerámica blanca que atraen a los compradores en busca de mejoras para sus casas en medio de la temporada de fiestas y ofertas. Durante los últimos días de compras importantes antes de las vacaciones de Navidad, la colección de S se amplía para incluir un fregadero de porcelana color albaricoque y una docena de aspas de ventilador de plástico de varios colores. En los cuatro minutos que tardó en ir y volver de mi oficina, situada en la misma calle, el fregadero de color naranja pálido ha desaparecido. Supongo que se ha vendido. S conoce a sus clientes y sus necesidades,

y les ofrece atención personalizada, comodidad y una estrategia de venta agresiva que consiste en bloquear la acera con artículos en oferta.

* * *

Cerca del mismo lugar donde S tiene su “tienda” al aire libre, se reúnen unos jóvenes en un banco improvisado hecho de postes de madera atados con pedazos de troncos tallados en corte vertical. Uno de ellos me llama.

“¡Mami!”, grita en mi dirección, tanteando el terreno. Por alguna razón, me inclino a responder y lo hago.

“Mami no es mi nombre”, le digo con una sonrisa, sabiendo lo que él y yo sabemos, que se trata de un juego. En el contexto local, y a mi edad, es una forma de ver si puede llamar mi atención, observar mi reacción y recalibrar hasta dónde puede llegar sin cruzar la línea de la grosería o la vulgaridad.

Me ve pasar por delante de este improvisado banco de madera mucho más a menudo de lo que yo le veo sentado allí. Es inevitable pasar por delante de ese lugar para llegar a mi trabajo o casa. Normalmente, evito el contacto visual para que el grupo pueda disfrutar de su intimidad al aire libre.

Mi comentario rechaza su intento de halago y cumplido, al tiempo que le ofrece un aterrizaje suave para su ego. Él responde con otro, más mordaz, de un repertorio diferente.

“¡OK alicate!”, dice, refiriéndose a mis largas piernas en pantalones cortos.

Toda mi vida he oído variaciones sobre el tema, incluyendo gritos en mi dirección de ¡Olivia! lanzados por completos desconocidos, en referencia al personaje alto, delgado y de piernas largas, objeto del deseo del

protagonista Popeye de la serie de dibujos animados estadounidenses del mismo nombre.

El pequeño detalle me transporta al pasado. Se me escapa una segunda sonrisa sincera. En el desafío de huir, coquetear o luchar, él gana.

* * *

Entre una comunidad joven de sordos, en una escuela local sin fines de lucro para niños con diversos trastornos y dificultades auditivas, adquiero un apodo novedoso. Al presentarme en la inauguración de una sesión interactiva para involucrar a los niños en las artes, después de haberme esforzado por aprender de memoria la ortografía de mi nombre letra por letra utilizando los dedos, los puños y las palmas, en el nerviosismo del momento y la falta de familiaridad con el alfabeto manual de la lengua de signos americana, confundo las letras. Un instructor acude a mi auxilio y deletrea mi nombre correctamente y de manera formal para los niños.

Los niños son educados. Todos asienten con la cabeza a su presentación más clara. Mi nombre se queda grabado durante unos segundos, pero el grupo ya tiene otros planes para mi identidad. Como comunidad de jóvenes sordos, al utilizar otros sentidos demuestran ser muy observadores.

La profesora explica que me han asignado un nuevo nombre. Según la tradición de la escuela, los niños eligen el nombre con el que se llamará a cada visitante que llegue al centro, una referencia o concepto definitorio que se traduce más fácilmente en la fluidez de los movimientos del lenguaje de signos y que captura una característica destacada del invitado.

“¿Cómo me llamo?”, pregunto, entre curiosa y maravillada.

“Ceja rota”, me informa la profesora mientras lo pinta en el aire y luego descompone los movimientos en una frase verbal.

Me quedo boquiabierta. Es el nombre más sutil y perspicaz de todos los que me han puesto. Hay que fijarse mucho para notar una pequeña ruptura en la continuidad de la ceja sobre mi ojo izquierdo. Es tan difícil de discernir que, solo unas semanas antes, mientras me miraba al espejo, me preguntaba si la ruptura en mi ceja era real o era parte de mi imaginación. Una hendidura en la ceja es una declaración de moda rebelde adoptada por los dominicanos a partir de la moda hip-hop estadounidense de los años ochenta. En mi caso, es una discontinuidad totalmente natural de la ceja.

Durante la visita intercambiamos muchos modos de aprendizaje. En uno de los ejercicios artísticos, en que los niños dibujan con lápices de colores lo que se les ocurre, subimos a todo volumen una selección musical con un fuerte ritmo percusivo brasileño. Algunos niños no oyen nada a pesar del volumen alto.

Dos niños, gemelos idénticos y ambos sordos, llenan sus respectivas hojas con puntos similares. Poco a poco me doy cuenta de que los puntos son el resultado de las vibraciones percusivas de la batucada que ellos pueden sentir, una síncope que traducen a la bidimensionalidad del papel en color tridimensional. ¿Quién enseña a quién?, me pregunto durante esta exclusiva visita a una escuela de niños sordos de Puerto Plata, llena de más lecciones de vida de las que habría podido anticipar.

Solemos cruzarnos temprano por la mañana, antes del amanecer, o justo antes del atardecer. Siempre se dirige a mí como “mi amor”, aunque él y yo sabemos que no es cierto. El intercambio endulza el comienzo y el final del día.

Vecinos

Something to buy vegetables at midday of Holy Week. A small truck, at least half a block away, stops near a wall adjacent to the narrow street where I live. The vendor shows the products of the day to the interested neighbors, all where the means of subsistence and the passage of time converge.

While the itinerant grocer chats with his customers, I take a peek at the back of the truck. At this time of a laborable day, if not for the fair, I would be in the office, a few minutes on foot towards the north by a street full of potholes and crooked sidewalks that end at the intersection with the highway that borders the ocean.

A woman with the appearance of an old lady, dressed in a light cotton dress, leans against the truck, anxious to promote the products and services of the driver. She informs me that he makes his route through our neighborhood three times a week.

A man without a shirt, with whom I have frequent contact, also hangs around the truck. Apparently he tries to be useful. We meet early in the morning, before dawn, or just before dusk. He always addresses me as “my love”, although he and I know it is not true. The exchange sweetens the beginning and the end of the day. Sometimes he shouts his greeting from below, where I am visible in the second floor balcony drying the clothes so that they dry with the intense heat or with the occasional breeze.

“Mi amor, ¿cómo estás?”, grita desde abajo.

Hoy lleva el pelo recogido en un grueso moño des-
centrado. El gran moño de trenzas de color negro cae
sugerentemente a un lado de la cabeza.

Le ofrezco un pote de aceite de cocina recién la-
vada y ahora vacía, tras haber investigado y confir-
mado previamente que el polietileno de alta densidad
(HDPE) es reciclable. Se puede reutilizar para una serie
de tareas comunes. Mi amor se alegra de recibir el pote
resistente y lo esconde rápidamente en un rincón del
hangar, donde también ayuda al avicultor con recados
y tareas puntuales, como llevar en grandes cubos los
pollos recién sacrificados del gallinero a la carnicería
de enfrente.

El carnicero y su mujer tienen un cordero como
mascota que no está destinado al matadero. El animal
hace compañía a los niños que juegan. Al igual que los
perros y gatos que esperan a que les lancen los restos
de pollo que salen del bullicioso gallinero, el cordero
divide su tiempo entre los niños, los perros y olfatear en
busca de restos de comida. No hay ningún otro animal
de su especie. Para el cordero, los niños, los perros y los
gatos en un radio de dos cuerdas son todos compañeros
de juego potenciales.

Mi amor coge al azar verduras del camión y me
las acerca a la cara. Como no siempre sabe el nombre
en español de los productos, me pregunta simplemente
“¿esto? ¿eso?” para saber cuáles prefiero.

Dejo a un lado una tayota grande de color verde
pálido, tres pimientos rojos dulces, zanahorias, tomates
y un tallo de apio, y luego pregunto dónde puedo pesar
la selección para completar la compra. No hay ninguna
balanza a la vista. Nadie responde a mi pregunta.

Estoy ansiosa por pagar y seguir mi camino. Esta es
la primera de varias tareas que tengo planeadas para la
mañana. En la lista también está la búsqueda de agua-
cates, escasos y duros como piedras ahora que nos acer-
camos al final de la temporada.

Situado a igual distancia entre las dos esquinas, un
colmado de barrio tiene todo lo que una familia local
necesita a diario, desde pequeños paquetes de detergen-
te para la ropa hasta salami, cerveza, leche y una se-
lección limitada de verduras y condimentos (cebollas,
tomates, ají cubanela, jengibre).

Mi amor corre hacia esta tienda de la esquina, don-
de yo raramente hago las compras. Prefiero caminar
más lejos y apoyar a los propietarios de tiendas y nego-
cios familiares que aprecian el valor social de una son-
risa. Una vez le comenté al propietario el mal humor
del dependiente para que comprendiera que una actitud
negativa puede afectar dañinamente al negocio.

Cuando mi amor y yo entramos en la tienda, le co-
mento que usar la balanza de otro negocio es un con-
flicto de intereses. Al fin y al cabo, esta tienda también
vende tomates. ¿Por qué debería prestar su balanza
para la mercancía de otra persona? Mi amor solo saca
los pimientos dulces para pesarlos, ya que no se en-
cuentran entre el limitado surtido de verduras que se
vende allí. El dependiente malhumorado está atendien-
do a otro cliente y no se molesta en hacer varias cosas
a la vez. Como de costumbre, evita el contacto visual y
transmite su falta de voluntad para interactuar.

Mi amor reconsidera nuestras perspectivas en este
local, devuelve los pimientos a la bolsa y se apresura
a entrar en la carnicería del mismo lado de la calle,
dos puertas más abajo, conmigo a cuestas. Empieza a

colocar nuestros artículos en la balanza del carnicero. Los propietarios están dispuestos a atendernos. Aun así, me disculpo, señalando que no tenía ni idea de que iba a molestar a otros para completar mi compra. Veo que están muy ocupados en esta mañana festiva.

Uno por uno, mi amor se esfuerza por adivinar el precio por kilo de cada artículo para que el carnicero pueda introducir los datos y obtener el coste. Pero como mi amor es solo un ayudante improvisado y hace casi todo sobre la marcha, no ha anotado ninguno de los precios de los artículos que hay en la balanza, lo que hace imposible calcular el total.

Cuando mi amor saca el apio para pesarlo, lo detengo a mitad de camino y lo devuelvo a la bolsa.

“Esta parte es negociable”, digo con firmeza para que podamos dejar a los carniceros en paz haciendo su trabajo. Uno de los clientes está de acuerdo conmigo.

“Tiene razón. Eso es negociable”, afirma en voz alta, como si todo el mundo supiera que el precio del apio es discrecional.

Cuatro clientes esperan su turno, llenando el pequeño y abarrotado espacio que sirve de sala de espera.

De vuelta en la calle, junto al camión, intento recordar los totales verbalizados para cada artículo de la balanza metálica del carnicero. Mi amor no ha anotado nada y aún menos ha memorizado. Le recuerdo al verdulero que calibre a mano el precio del apio. El total asciende a 280 pesos dominicanos (unos 4.70 dólares).

Miro el desorden de verduras que se caen del camión. Se ha invertido mucha colaboración en la compra: mi amor como recadero de verduras, la mujer de la bata que nos ha indicado la ruta y el horario del camión, la paciencia de los carniceros y los clientes.

“Como el total es 280, redondeemos a 300 pesos”, le propongo, para compensarle por las molestias.

Inesperadamente, el dueño del camión y yo nos miramos a los ojos por encima de los pepinos, tema de nuestra conversación inicial sobre cómo suelen tener mucha textura y poco sabor, siempre una apuesta entre lo refrescante y la decepción. Él está dispuesto a apostar.

“¿Qué tal un pepino?”, pregunta, sabiendo que esto pondrá a prueba su producto.

“¿Qué tal dos pepinos?”, le pregunto, calculando (otra vez) los inconvenientes que han surgido mientras yo seguía a mi amor de balanza en balanza, de tienda en tienda, comprometiendo mi reputación en el barrio y ayudando al asistente a auxiliarme.

El vendedor sonríe. Según todos los cálculos —a simple vista, sopesando y contando con que volveré a comprar—, esta solución tiene sentido. Meto los dos pepinos adicionales en mi bolsa de tela: ha sido una compra colaborativa de antología.

Empiezo a caminar hacia mi apartamento. En medio de la estrecha calle, el cordero mascota empieza a montar a un perro. Incapaz de localizar el orificio que busca, abandona su intento de satisfacer su urgencia biológica y se desmonta del lomo del canino.

El ayudante oficial del avicultor deja lo que está haciendo, mira el espectáculo de las dos bestias desiguales y luego me mira a mí. Resume en voz alta la escena que tenemos ante nosotros.

“Un cordero con un perro, ambos machos”, comenta estupefacto, resignado a la constante intimidad abierta de las relaciones entre vecinos y a la vida compartida de nuestro barrio.

Un hombre deja unas monedas en el mostrador que separa el interior de la tienda de la calle para pagar su siguiente trago. Cambia una botella casi terminada por otra nueva; es su décima cerveza del día. Son las 8:45 de la mañana. Le pregunto si eso es lo que desayuna. “Mi desayuno diario”, confirma.

El Callejón

La cayena rosa que enmarca un lado de su rostro ha comenzado a marchitarse. Podría comprar una de plástico para que dure por siempre. La venden en la tienda china que solo acepta efectivo al final de la calle, pero me dice que no tiene el mismo encanto. Le cuento la historia de Billie Holiday, la legendaria cantante de jazz, cuya tradición de colocarse hermosas gardenias detrás de la oreja comenzó como un disimulo para ocultar su cabello quemado y estropeado. El característico adorno floral de Lady Day es parte de la historia, tan imborrable como su voz, que encabezó las listas de jazz durante años.

La adolescente con el accesorio retro en el pelo, de aspecto maduro para su edad, incorpora en su ropa de trabajo solo algunos toques conservadores. Una vez que se adentra en la vida nocturna, se convierte en toda Lycra, tops sin tirantes y minifaldas, comiéndose el día que se convierte en noche. Las ofertas proliferan en el Callejón de la Loma, pero lo realmente interesante es la calle principal de más arriba, donde el nivel socioeconómico sube, pero el contexto general no deja de ser el mismo.

En mi caso, me despierto con el amanecer, a menudo antes. Con el canto de los gallos y el alba a punto de romper, me levanto y salgo a la calle, caminando entre la neblina y las nubes que se tiñen con la posibilidad de la luz. Perros ladran, caballos pastan en las sombras moviendo sus colas, murciélagos revolotean por encima. Un zumbido parecido al de los grillos presagia el inicio del amanecer. Cada día, esta comunión con

los elementos me da fortaleza, porque la edad no llega sola. La buena salud trae consigo una sensación de buena fortuna.

Durante mi paseo matutino por el desarticulado, aunque unido barrio de El Callejón, puede surgir cualquier cosa, incluso a esa hora. Aunque la vida es un viaje sin retorno, consigo crear una línea temporal tremendamente multidireccional, con largas escalas por el mundo y puntos de intersección.

Anoto las camisetas que veo por El Callejón y sus callejuelas para recordar las ventajas y desventajas de la globalización, ya que quienes las llevan no siempre comprenden su significado en otros idiomas. He aquí una muestra:

I don't need luck. I have charm.

[No necesito suerte. Tengo encanto.]

Here for the beer

[Aquí por la cerveza]

Better Your Best

[Mejora tu mejor]

I got it from my Dad

[Lo heredé de mi papá]

Kindly fuck off

[Amablemente, vete a la mierda]

Sorry ladies, I'm the night's watch

[Lo siento, damas, soy el vigilante nocturno]

This is what a cool grandpa looks like

[Así es como se ve un abuelo bacano]

Underarmor

[Bajo la coraza] (*alineado con aro del sujetador*)

Blessed

[Bendita]

Nettoyons Montréal

[Limpiemos Montreal]

La adolescente que lleva la camiseta *Blessed* confirma no saber lo que dice como si estuviera escrito en los caracteres chinos del verdadero nombre, utilizado por los propietarios y no hecho público, de la tienda que sólo acepta efectivo y donde El Callejón se estrecha hacia la colina de baja altura que le da nombre.

En cuanto a la camiseta *Nettoyons Montréal*, apenas cubre la gran barriga de un alma perdida que pasa sus días vagando sin rumbo fijo y a la que se ve con frecuencia defecando descaradamente en la cuneta. Gran parte de nuestras vidas privadas en El Callejón están a la vista de todos.

De vuelta a mi apartamento, después de caminar, nadar y caminar, noto que un joven se balancea en el borde inferior de un muro de contención exterior de su casa, que se construye con lentitud. Está concentrado en quitarse meticulosamente los pelos de la pantorrilla con una cuchilla de afeitar sin protector. Lo reconozco como el vendedor de una tienda en la calle principal donde compré un sombrero de paja. En ese momento, cuando me dio el cambio de su abultada cartera, vi una cuchilla Gillette.

No todos los cuidados personales se realizan al aire libre, y algunos temas son tabú culturalmente. En una escuela pública, a donde fui a impartir una charla sobre derechos humanos a tres clases de secundaria apiñadas en un aula diminuta, un profesor irrumpió en la oficina de la directora y anunció de repente que se había activado el “código rojo” para tres chicas. Más tarde comprendo la difícil situación de las tres chicas, atrapadas sin productos de higiene femenina adecuados para

hacer frente a la llegada inoportuna de su período en un día lectivo. Supongo (y espero) que la escuela tenga un alijo de suministros para tales emergencias. Todo el mundo parece estar viviendo sus momentos más íntimos en voz alta.

Para reducir el nivel de estrés de recibir una clase impartida por una extranjera con acento, personalizo mis interacciones con los alumnos e intento memorizar sus nombres. Por desgracia, algunos de los nombres poco comunes son difíciles de recordar, lo que socava mis esfuerzos: Sheloves, Heyyou, los gemelos David José y José David, los mellizos Sander y Alexander.

A pesar del nivel de confianza recíproca que existe en El Callejón, las palabras pueden perderse en la traducción del español al español o del francés al francés. Un trabajador anciano de ascendencia haitiana, que responde “bien” a casi todas mis preguntas y se dedica a arreglar zapatos, me pregunta de repente si puede subir a mi apartamento para “entrar en calor conmigo”. Su propuesta no tiene nada que ver con un abrazo platónico.

La vida me recompensa con creces. Mi entorno actual no es una excepción. En el colorido y directo lenguaje de los proverbios dominicanos, un vecino recita un conocido refrán mientras los clientes charlan sin cesar y se congregan fuera de su concurrida tienda de barrio.

“Plátano maduro no vuelve a verde”, recita, queriendo expresar que el tiempo no retrocede.

Un hombre deja unas monedas en el mostrador que separa el interior de la tienda de la calle para pagar su siguiente trago. Cambia una botella casi terminada por otra nueva; es su décima cerveza del día. Son las 8:45 de la mañana. Le pregunto si eso es lo que desayuna. “Mi desayuno diario”, confirma.

Por las noches sufre de empacho. Su español está mezclado con palabras en inglés y no es capaz de recordar las palabras cuando las necesita. Parece decir que ha estado viviendo en Dubái, pero ese no es precisamente un destino habitual para los dominicanos que trabajan en el extranjero. Está excesivamente delgado. Coloco en la encimera mis compras, todas de color verde: pimientos alargados de color verde pálido, un tallo de apio, aguacates y molondrones. Pago, finjo que no noto la disparidad entre nuestras compras y le deseo lo mejor mientras se toma su habitual desayuno líquido.

Estos últimos días en la costa norte de la República Dominicana constituyen un punto de inflexión decisivo en mi itinerario irregular. Mi trabajo durante el último año ha estado impregnado de marcos legales, procesos burocráticos y toda una terminología utilizada para documentar y establecer la identidad legal. Aprendo, por ejemplo, que en el derecho procesal el período entre la notificación y la fecha límite final —los días francos— se extiende entre el inicio de un proceso y su finalización. Extrapolando a un contexto no jurídico, “franco” también puede traducirse como “sincero” u “honesto”.

Desde el comienzo (mi llegada al país) hasta el final (mi inminente partida), estos dos años de días francos en la República Dominicana han sido refrescantemente espontáneos. Vivir y trabajar en la comunidad del Callejón de la Loma y la intensa franqueza desaforada del pueblo dominicano han dado en la diana, exponiendo nuestras vidas públicas y privadas, manteniéndonos a flote juntos, liberando tensiones y suscitando nexos.

Como observa un colega dominicano de la organización sin fines de lucro en la que trabajo: “El dominicano lo sabe todo... ¡incluso cuando no lo sabe!”

Sobre la autora

Tras una carrera diplomática de veinte años en el Departamento de Estado de los Estados Unidos, Judith Ravin se incorporó al sector del desarrollo, prestando servicio a poblaciones vulnerables como becaria voluntaria de DREAM Project, una organización educativa sin fines de lucro de la República Dominicana, donde se centró en promover el derecho humano fundamental a una identidad legal. Su primer año en DREAM lo dedicó al desarrollo y el liderazgo de jóvenes en situación de riesgo, así como a la mejora de las habilidades de redacción a través del periodismo juvenil. Actualmente como voluntaria internacional con la Fundación Simón I. Patiño, en Bolivia, colabora en la intersección entre la educación y la innovación. Judith es encargada de comunicaciones de la junta directiva de Harvard W3D (Mujeres en Defensa, Diplomacia y Desarrollo) así como asesora de alianzas estratégicas de Mausum Mahool Protection Foundation, una organización de la sociedad civil pakistaní centrada en la adaptación al clima y la educación sobre concientización climática. Dentro del mosaico de una trayectoria profesional intercultural poco convencional, los comienzos de su impulso global se forjaron durante sus muchos años en el mundo de la edición, la traducción y el periodismo en Asia, América Latina y África.

Judith tiene una maestría en Lenguas y Literaturas Romances (Universidad de Harvard) y una licenciatura en Humanidades en Español (Universidad de Brandeis), además de estudios en España y Francia. Habla español y francés con fluidez. Entre sus obras publicadas se encuentran *Perú After Chamba* (2022), *Ballet en los cañaverales* (2.^a edición, 2022; 1.^a edición, 2014) y, como coautora, *Beyond Our Degrees of Separation* (2017).





Los 21 relatos de *El Callejón* reflejan el ritmo más pausado de los pequeños pueblos y comunidades remotas a lo largo de la costa norte de la República Dominicana, llevando al lector a espacios de conversación y descubrimiento. El Callejón, *la sinuosa y estrecha calle principal que discurre de norte a sur*, es sujeto, objeto y metáfora de la división entre los barrios del interior y el poder de convocatoria global del viento, las olas, el sol y el surf. *Las ofertas proliferan en el Callejón de la Loma, pero lo realmente interesante es la calle principal de más arriba, donde el nivel socioeconómico sube, pero el contexto general no deja de ser el mismo*. Las personalidades a lo largo de El Callejón y sus callejuelas encarnan la lucha y la vulnerabilidad, así como la resiliencia y el ingenio. Comparten protagonismo con *tígueres* sabelotodo y niños que viven su vida a voz en grito en la inmediatez de lo que tienen a su alcance. Con atención meticulosa al detalle, la autora describe la constante intimidad abierta de las relaciones entre vecinos y a la vida compartida del barrio.

Son aproximadamente las nueve de la mañana del sábado. Aún no han empezado los juegos de dominó. Los desplumadores de pollos llevan horas en su labor: sacan los cuerpos pelados de las aves de enormes calderos metálicos, lo meten en cubos de plástico blanco y se los pasan así al carnicero que aguarda al otro lado de la calle. Todos los días, como un reloj, gatos, perros y un cordero esperan su turno para disputarse las sobras.

ISBN: 978-612-99198-1-2



978-612 9919812